

BOLSILIBROS
BRUGUERA

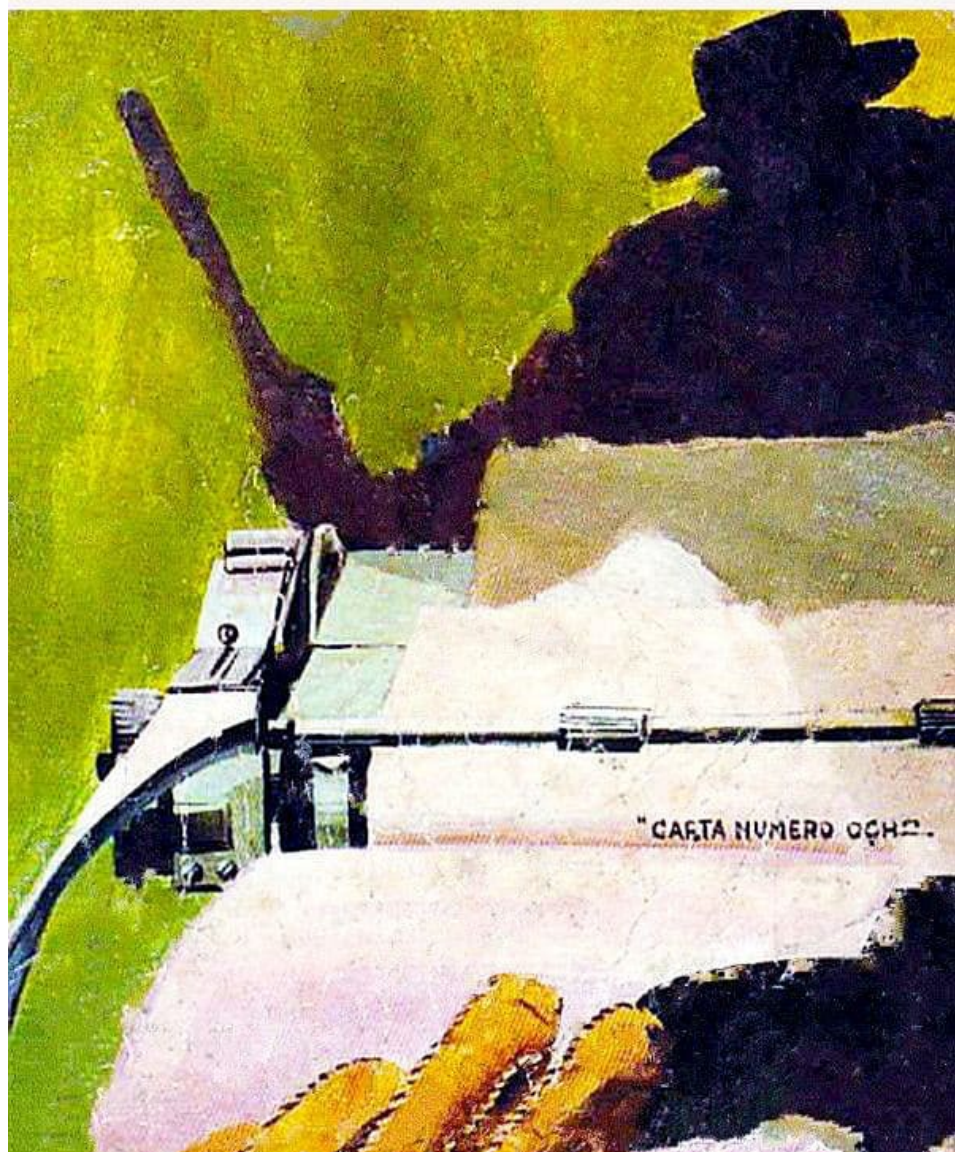
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

la carta número siete

curtis garland



El albornoz rojo y blanco se abrió en dos con un rasgueo de cremallera.

Cayó a los pies de la bañista.

Se descubrió un cuerpo escultural, color de bronce.

De largo cuello, flexible y gracioso, bajo el rostro ovalado, de cabellos rojos, color de cobre puro, nariz breve, boca carnosa, de pómulos acentuados.

Todo ello, formando juego en un óvalo delicado, mezcla de picardía y femenina ingenuidad, con expresión que daba a su gesto una gracia indudable, realzada por las hundidas mejillas.



Curtis Garland

La carta número siete

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1081

ePub r1.0

Lds 07.03.18

Título original: *La carta número siete*

Curtis Garland, 1971

Cubierta: Luis Almazan

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El albornoz rojo y blanco se abrió en dos con un rasgueo de cremallera.

Cayó a los pies de la bañista.

Se descubrió un cuerpo escultural, color de bronce.

De largo cuello, flexible y gracioso, bajo el rostro ovalado, de cabellos rojos, color de cobre puro, nariz breve, boca carnosa, de pómulos acentuados.

Todo ello, formando juego en un óvalo delicado, mezcla de picardía y femenina ingenuidad, con expresión que daba a su gesto una gracia indudable, realizada por las hundidas mejillas.

Pisó los baldosines azules, con sus pies desnudos, caminando de puntillas casi como una danzarina de *ballet*. Luego, se lanzó al agua azul de la piscina.

Fue una zambullida suave, armoniosa, perfecta de estilo y de gracia. Su cuerpo, como una flecha de bronce y cobre, se hundió en el fondo transparente, cristalino. Brazadas largas, suaves, rítmicas, llevaron el cuerpo de extremo a extremo, por el rectángulo límpido del agua de la amplia piscina.

Emergió al lado opuesto, junto a los escalones metálicos que conducían de nuevo al borde de baldosas azules. Más allá, mesas y sillas, bajo toldos de lonas policromadas, y zonas de esponjoso césped, formaban una decoración lujuriosa, con el fondo pulcro y limpio de la residencia.

—Bravo, Eileen —saludó una voz viril—. Eres como un delfín de rara belleza.

Eileen Conrad sonrió, gloriosa en su triunfo, emergiendo entre chorreones de agua y jadeos amortiguados. Se irguió en el borde de la piscina. De su cuerpo casi desnudo goteó abundante el agua.

Brillaba la piel de bronce como metal puro.

—No tuvo gran importancia —rechazó ella, risueña—. Después de todo, siempre fui una gran nadadora...

—Sí, siempre lo fuiste —aceptó el joven de figura atlética, vestido con un *short* de algodón blanco y una camisa de tenis color amarillo ocre. Sacudió la cabeza, contemplando el agua revuelta pero límpida de la piscina—. Pero también lo fui yo. Y ya ves... No puedo tirarme al agua, como tú lo haces.

—Es diferente —rió ella—. De cualquier modo, lo harás el mes próximo, lo más tarde. Ya te dejan tomar el sol, pasear por el jardín, la piscina y todo eso. Es algo, ¿no?

—Es algo. Muy poco —él arrugó el ceño, contrariado—. Eileen, no todos tenemos la fortuna de recuperarnos tan pronto como tú. Te felicito. Eres una gran chica. Tienes voluntad, fe, disciplina... Aquí, no todos saben obedecer a tiempo. Yo mismo no estaría aquí, si no fuese porque el doctor Malden tiene una fe particular en mi sensatez.

—¿Lo ves? —Eileen sacudió su cabello de cobre hilado, soltando chorros de agua a los pies del joven bronceado y arrogante que tenía ante sí—. El doctor Malden sabe en quién pone su confianza, Lee. ¿Sigues ayudándole en sus cosas?

—Como siempre, Eileen. Soy su más fiel colaborador. El doctor Malden es un buen hombre. Me gusta cooperar con él, créeme.

—Te creo. Siempre gusta hacer algo más que vegetar, simplemente. Y más aún cuando se hace algo útil para uno mismo y para los demás.

—Algo útil... —suspiró el joven Lee Baker—. Siempre he deseado hacer eso. Eileen: algo útil para los demás, aunque no lo fuese para mí. Y jamás acerté a hacerlo realmente...

—Nunca es demasiado tarde para aprender una cosa así. Además, eres joven. También yo lo soy, y me siento capaz de tareas más elevadas.

—Sí, Eileen. Somos capaces de esas tareas, no hay duda. Lo peor es que nadie nos enseñó jamás a hacerlas. Hasta hoy, hasta hallarme aquí, nunca aprendí nada realmente práctico ni útil para los demás. Ni siquiera útil para mí mismo. Ésa será una enseñanza que deberé al doctor Malden...

—Lee, es muy posible que cuando salgamos de aquí cuando todo

esto quede atrás —y abarcó con un amplio gesto la residencia, la piscina, los alrededores, con sus verdes campos de golf, como alfombras naturales de un verdor profundo y fresco, con sus parterres, sus alamedas, sus jardines de bellas flores cromáticas, sus alegres rincones de campiña hermosa y bucólica, para terminar diciendo con energía, con seguridad en su tono—: Cuando nuestra estancia en este lugar sea solamente un recuerdo, agradeceremos que se nos haya tratado de un modo que al principio nos irritaba, y celebraremos que ello haya sucedido, que la vida y sus circunstancias nos hayan permitido conocer El Paraíso.

—El Paraíso... —rió Lee Baker jovialmente—. Al principio pensé que el nombre estaba mal aplicado, Eileen. Me sentía como un prisionero, como un recluso encerrado en una penitenciaría del Estado o en una granja-reformatorio. Algo así fue para mí El Paraíso durante los primeros meses de permanencia en él. Ahora, como tú dices, me siento realmente feliz. Ahora entiendo que había otro modo diferente de vivir, y que ellos, el doctor Malden y los demás, nos lo han enseñado con generosidad y con la mejor fe del mundo.

—¿Tienes pensado algo para... para cuando salgas de aquí, Lee? —aventuró su pregunta Eileen con mucho recelo, como temiendo herir la susceptibilidad del joven atlético que tenía ante sí.

—No, en absoluto —sonrió él casi infantilmente—. Mis padres pensarán en ligarme otra vez a ellos, a su mundillo social, a su vida de *parties*, fiestas y entretenimientos costosos. Coches, carreras, lujos...

—¿Y... no será así?

—No —negó, rotundo, Lee—. No será así. Nunca más.

—Lee, yo también estoy en tu caso. Yo también tengo mucho dinero. Tal vez demasiado. Y ni siquiera tengo unos padres, sino exclusivamente unos tíos y tutores. ¿Sabes qué dije cuando me metieron aquí? Que querían quitarme mi herencia y mi derecho a ser libre, para enriquecerse ellos con mi dinero.

—¿Y no era verdad?

—Cielos, no. Pobre gente... Mis tíos han demostrado ser muy buenos conmigo, al no guardarme rencor por esas barbaridades que dije contra ellos. Ahora sé que hicieron lo mejor que podían hacer.

—Es lo malo de los que estamos aquí, Eileen. Todos somos ricos. Demasiado ricos para ser felices, para servir para algo que tenga

verdadero sentido en este mundo...

—¿Qué quieres decir?

—Me asquea el dinero, Eileen. Creo que tuvo razón quien dijo cierta vez que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja a que un rico entrase en el reino de los Cielos...

—No tienes la culpa de ser rico, Lee. Naciste así. Yo también nací con fortuna. No es mi culpa.

—No. Es la culpa de otros, que nos dejaron como herencia simples bienes materiales. No nos sirvieron de mucho a ninguno.

—El dinero no es una causa directa de nuestros errores, Lee. Los hubiéramos cometido igual no teniendo un centavo.

—Tal vez. Pero entonces, preocupados con la necesidad imperiosa de ganarnos el derecho a la vida, el sustento diario, no hubiéramos tenido tiempo, ni ocasión ni medios de cometer esos errores.

—Hay muchos desheredados de la fortuna que los cometen. Y otros, más ricos que tú y que yo, que jamás cayeron en ellos. Creo que el mal auténtico está en nosotros. Y eso es lo que el doctor Malden y los demás tratan de demostrar con su obra.

—Ojalá les de resultado en todos los casos, Eileen. Esto es mejor que una cárcel... o un manicomio.

—Cárcel... Manicomio... —Ella se encogió de hombros y, repentinamente, se echó a reír—. ¿Sabes una cosa, Lee? Tengo la sospecha de que han sabido dorama siempre muy bien la píldora. Pero El Paraíso tiene mucho de cárcel. Y más aún de manicomio... En realidad, todos estamos encerrados aquí. Y nadie puede salir, mientras no sea dado de alta y reciba la tarjeta de salida. ¿No es eso lo que se haría en un sanatorio para enfermos mentales... o en una prisión del Estado?

Y soltando otra suave risa, se alejó, bordeando la piscina, para recoger su albornoz blanco y rojo. Lea Baker arrugó el ceño, pensativo, siguiéndola con la mirada.

No le gustaba lo que acababa de decir Eileen. No le gustaba, porque, entre otras cosas, le quitaba cierta cantidad de ilusiones que se había hecho en su mente.

No le gustaba porque, entre otras cosas, ella había dicho la verdad.

El doctor Glenn Stacey asomó la cabeza por la puerta vidriera, sonriendo a la dama del interior.

—Buenos días, señora Welk —saludó—. ¿Cómo va eso?

—Perfecto, doctor Stacey —sonrió Lori Welk, alzando la cabeza detrás de su máquina portátil, y dejando de escribir—. Creo que terminaré mi novela antes del tiempo previsto, si la inspiración sigue aliada conmigo.

—Seguirá, no lo dude —sonrió el doctor a su vez—. El tiempo es excelente, el aire limpio y agradable, y el mundo se llena con la alegría de la proximidad del verano. ¿No es ésta una época ideal para un escritor?

—Posiblemente influya ello, sí. Ultimamente me noto más fresca de ideas, de sugerencias... Sí, creo que este clima resulta ideal para que una se acomode ante la máquina y empiece a pensar peripecias para sus personajes...

El doctor Stacey asintió, jugueteando con sus gafas, distraídamente. Luego, vio cómo la señora Welk terminaba un nuevo folio, y lo depositaba cuidadosamente junto a otros que se apilaban ya al lado de su máquina, muy pulcramente mecanografiados.

—Señora Welk, deseaba preguntarle algo —murmuró el médico, con ciertos reparos en su tono.

—¿Sí? —Ella le miró vivamente—. Pregunte lo que guste, doctor. ¿Qué es ello?

Depositó Lori Welk otra hoja en el rodillo de la máquina, sin dejar de mirar atentamente al médico. Éste dio un paso adelante, pareció elegir cuidadosamente sus palabras, y por fin hizo una pregunta suave, en tono muy amable:

—Su marido... ¿vendrá este mes a verla?

Se estremeció Lori Welk. No miró al médico para responderle, con voz algo apagada:

—No sé... No sé si vendrá, doctor. Supongo que sí... como todos los meses.

—Hasta ahora, se demora bastante —comentó el doctor—. Y ya sabe usted que la Dirección tiene por costumbre ingresar el pago de los huéspedes de El Paraíso con la máxima puntualidad, antes del

día diez de cada mes. En esta ocasión ya termina el mes y...

—Le comprendo, doctor —suspiró Lori Welk—. De cualquier modo, mi esposo no puede faltar, compréndalo.

—Espero que así sea, señora. Usted sabe que no tengo personalmente ninguna prisa. Me limito a preguntarle lo que la Dirección me ha solicitado.

—Sí, sí, eso es lógico —musitó ella—. Es mala cosa que no pueda tener yo, personalmente, acceso a mi propio dinero. De ese modo, no tendría que depender de su visita a este lugar.

—La comprendo. La ley no debió prohibirle el control de su propio dinero y darle la autoridad plena a su esposo, sólo porque usted estuviese enferma.

—Doctor, ¿olvida que las locas no tienen responsabilidad reconocida alguna? —sonrió tristemente ella.

—Vamos, no diga tonterías —rechazó el doctor Stacey—. Usted jamás estuvo loca, señora Welk.

—Todos los que estamos aquí, en El Paraíso, somos enfermos mentales, doctor. ¿Va a negarme eso?

—Bueno, es... es una apreciación muy personal. Y muy cruda. Digamos que es como un balneario. Hay balnearios para enfermos del hígado, del riñón o de una dolencia reumática. Del mismo modo, se ha instalado este lugar delicioso y admirable, estudiado para personas que padecen de algún trastorno transitorio, no peligroso ni extremadamente grave, para que en esta especie de balneario sanen y se repongan en la debida forma. Sólo eso, señora Welk. No trate de ver más allá de la realidad, ni de pintar las cosas descarnadamente, cuando la verdad no es tan fea ni sombría como usted la ha retratado en su comentario.

—No es sólo mi comentario, doctor —silabeó ella lentamente, golpeando con suavidad los folios mecanografiados—. Aquí, en mi novela, reflejo lo que siento, lo que pienso de este loco mundo en que me hallo inmersa, rodeada de gentes raras que se creen normales y viven una estúpida farsa en esta especie de hotel de lujo para chiflados.

—¡Señora Welk! —se alarmó el doctor Stacey—. Ése no es modo de exponer los hechos, y espero que no haga público a ninguno de sus compañeros de alojamiento esas ideas que usted plasma en su obra, sin ser ciertas...

—Haré con mis páginas lo que guste, doctor —las apretó con fuerza, brillándole vivamente los ojos, oscuros y grandes—. Es mi novela. Y usted lo dijo siempre: aquí, cada cual es libre de hacer lo que quiera. Somos clientes libres, dueños de nuestros actos. Puedo, pues, hacer lo que me venga en gana. ¿O no?

El doctor Stacey la miró ahora con cierta frialdad. Su tono de voz tampoco fue demasiado benévolo ni amistoso, aunque guardó la compostura que se veía obligado a mantener con los clientes millonarios o acomodados de la residencia:

—Señora Welk, existe siempre un límite para que la libertad no sea anarquía y perjuicio para los demás. Por otro lado, recuerde que, si estuvieran realmente locos o padecieran enfermedades mentales graves, las autoridades no permitirían la existencia de un establecimiento como El Paraíso. Pero precisamente porque dentro de la psiquiatría se admiten graduaciones diversas, es por lo que nosotros estamos aquí, intentando ayudarles a todos. A usted, señora Welk, y a sus compañeros de residencia, para que sus posibles trastornos o sus dolencias temporales tengan alivio y curación final.

—Todo eso son monsergas, doctor —se irritó ella—. La verdad está aquí, en mi libro. La ley me prohíbe disponer de mi dinero, y es mi marido quien tiene pleno derecho a manejarlo, en tanto yo esté recluida aquí. Podremos disponer de piscinas de natación, deporte, diversiones y todo cuanto habitualmente les está vedado a los locos en los establecimientos sanitarios del Estado. Pero no me negará usted, doctor, que mucho de todo esto es ficticio. Y que gran parte de nosotros, pese a disponer de una libertad de movimientos aparentemente total, estamos en realidad vigilados, y bien vigilados para evitar que cometamos una acción peligrosa para nosotros mismos o para los demás.

—Usted, señora Welk, habla con la amargura de un resentimiento personal que enfila, realmente, hacia su esposo. Por haberse esforzado él en que la privasen de sus derechos ante la ley, quiere pensar que está loca. Y que, por la misma razón que usted está aquí, los demás lo están en el mismo grado de demencia, cuando la realidad es que ni ellos ni usted sufren trastorno alguno de tal gravedad. En muchos casos, son alteraciones nerviosas, neurosis agudas y desequilibrios psíquicos de muy variada

condición y agudeza. En realidad, sabe que tiene acceso a los gimnasios, a la piscina y a mil cosas que un demente jamás podría ver ni de lejos. Y que todos ustedes tienen consigo objetos que en un sanatorio psiquiátrico les serían arrebatados de forma rigurosa, como son relojes, objetos cortantes, cinturones y demás elementos peligrosos. ¿A eso le llama usted vigilancia de nuestros clientes?

—Nunca llegaremos a un acuerdo, doctor. Usted obra correctamente tratando de darnos a todos la convicción plena de que nuestro estado actual es normal en absoluto. No niego que la terapéutica creada por el doctor Malden es buena, y que todos nosotros nos sentimos realmente como en un hotel de lujo o disfrutando de unas vacaciones en Miami Beach. Pero eso es falso. Todo es absoluta, totalmente falso. Yo no me conformo con la forma de las cosas, sino que busco su fondo. Y el fondo de mi situación actual, como la de tantos otros que conmigo conviven aquí, es bien triste por cierto, doctor Stacey.

El joven médico no dijo nada esta vez. Se encogió de hombros, caminó hasta la salida y, una vez allí, se volvió para mirar tristemente a la señora Welk.

Ella, sin esperar su respuesta, continuaba ahora escribiendo, pulsando casi rabiosamente su máquina de escribir.

En silencio, discretamente, el doctor Glenn Stacey se retiró de la habitación, cerrando con suavidad tras de sí.

CAPÍTULO II

Cecil Caesar cerró los libros con un suspiro. Buscó su mirada, desde detrás de las gruesas gafas con montura de carey los ojos agudos e inteligentes del doctor John. Malden, director de El Paraíso.

—El estado de cuentas es satisfactorio, doctor —habló Caesar lentamente—. Nunca establecimos El Paraíso pensando en hacer un buen negocio. Pero en realidad, lo es.

—Ello se debe al prestigio que hemos obtenido últimamente en muchos puntos del país —señaló el doctor Malden, frotándose el enérgico mentón sombreado por su fuerte barba negra, casi azul de puro cerrada. Los ojos, singularmente claros en contraste con ese color de cabello y de tez, chispearon agudamente—. En realidad, dispusimos esta residencia para un número muy limitado de clientes, pensando siempre que las plazas disponibles no se cubrirían, y que los gastos rebasarían con creces los ingresos. Pero el tiempo nos quitó la razón, y demostró que este lugar es, además de un buen centro terapéutico, un sitio muy agradable para los enfermos de nervios, para neuróticos y para dolientes psicometales. Hemos ampliado el número de plazas libres, y tenemos el completo en ellas, sin posibilidad de admitir uno más. Es un éxito de nuestros métodos, creo yo.

—Debo felicitarle expresamente a usted, doctor Malden —asintió Caesar—. Yo sólo entiendo de dinero. Le puse una cifra que podía gastar, esperando que, ciertamente, la gastase en una obra que era más bien benéfica. Usted, por contra, me devuelve cada año esa suma con beneficios importantes. Salen pacientes de El Paraíso totalmente curados, y dispuestos a enfrentarse de nuevo con la vida, dotados de nuevas energías y fe en sí mismos... En suma, doctor, esto es un triunfo personal suyo y de sus métodos de

psicoterapéutica con sus pacientes... o clientes, para emplear el término que a usted le gusta.

El doctor Malden sonrió, sacudiendo la cabeza. Sus palabras reposadas contestaron a los elogios de su socio capitalista con total humildad, con la sencillez del hombre que considera que solamente está haciendo aquello que se espera de él, y que está en su mano hacer.

—Caesar, usted hizo esto por razones de tipo moral que yo encuentro elogiosas. Más aún, le diré que cuando me propuso la idea, me emocionó. He tenido muchos pacientes adinerados en mi vida. Me especialicé en psiquiatría, y usted sabe que, desgraciadamente, en nuestra sociedad actual precisan de ayuda psiquiátrica mucho más los ricos que los desheredados de la fortuna, quizá por aquello de que pueden permitirse el lujo de estar enfermos, y los demás no. Usted, Caesar, fue siempre un enfermo consciente, no un histérico ni un neurótico. Sanó conmigo, y pensó que eso demostraba mis condiciones de médico. Confió en mí de un modo que no merezco, y las cosas salieron bien. Usted dijo que un establecimiento dirigido por mí y financiado por usted, sería perfecto, y permitiría a muchos otros enfermos como usted mismo, sanar de modo total. Hacía falta invertir mucho dinero, y se invirtió. Hacía falta buscar clientela adinerada, y se encontró. En suma, Caesar, tuvo usted razón. Las cosas resultaron bien. Aquellos que pueden pagarse un balneario o una residencia para reposo, pagan mil veces más a gusto por venir a El Paraíso y sanar de sus enfermedades nerviosas, de sus dolencias neuróticas. Es su obra, Caesar. Hizo usted algo perfecto por los demás. Lástima que no pudiera hacerse igual por quienes no tienen medios de fortuna. Siempre he dicho que los establecimientos sanitarios oficiales son totalmente negativos, y no ofrecen garantía alguna de que el enfermo mental llegue a sanar jamás. Basta que se le prohíba a alguien una cosa, para que se sienta cohibido, como prisionero, y admita que se le tiene por loco o por anormal. Muros altos, recintos carcelarios, clínicas de métodos antiguos, son la peor forma que existe de tratar a un anormal. Finalmente, logran que el enfermo termine por enloquecer.

—Algún día podré dedicar parte de mi fortuna a aliviar también las dolencias de los humildes —su; piró Caesar—. Esto fue solo un

experimento y ha resultado bien. Hará falta ganar mucho más dinero, para que un día tengamos la posibilidad de dar a los que no pueden pagarse estos lujos, establecimientos ideados para satisfacer sus anhelos, lugares realmente de lujo, para pacientes que no dispongan de dinero. Antes, hemos de seguir adelante con esto. Tengo fe en usted, doctor. Adelante con todo. Es el principio de una gran obra social y sanitaria. No soy un multimillonario, pero cuantos beneficios se obtengan aquí, serán invertidos en un futuro plan de ampliación. El país necesita muchos Paraísos, doctor.

El doctor Malden asintió, pensativo. Su lápiz dibujaba mecánicamente garabatos en un papel. Comentó entre dientes:

—Muchos países necesitarían eso mismo, Caesar. Esperemos que otros tomen ejemplo. Sería una gran obra. Yo tengo fe en mis enfermos. Y, hasta ahora, todos me han respondido perfectamente. Se han hecho merecedores de nuestra confianza. En suma, han demostrado que no hay nada mejor que darles tolerancia, hacerles ver que son perfectamente normales, y que, por ello mismo, tienen derecho a las mismas cosas que los demás...

Caesar se puso en pie. Su enorme mole se movió por el despacho de la Dirección con movimientos que casi parecían ligeros, dada su corpulencia y la agilidad de sus acciones.

—Lo peor son esas familias que están deseando internar a un pariente rico en un establecimiento sanitario, el que sea, con tal de manejar así su dinero —soltó un resoplido de ira—. Hay muchos casos así, doctor Malden. Maridos, tíos o tutores, e incluso hijos que encierran a un familiar, le hacen declarar demente, y se apoderan de su dinero. Pagan el lujo de un establecimiento como éste, sí. Pero su obra es negativa, destructora, realmente vil y cobarde.

—Es algo que siempre ha existido en el mundo —sonrió Malden tristemente—. La codicia humana, la mala fe y la ambición deshonestas. Muchas veces, ellos tienen razón, y el pariente está de verdad enfermo. Pero aquí, les damos algo que a ellos, en definitiva, no puede gustarles. Porque salvo raras excepciones, el paciente vuelve sano a su hogar, y reclama para sí sus derechos... que la ley se ve obligada a restituirle, cuando un psiquiatra oficial confirma lo que yo he dictaminado ya al darle el alta a mi enfermo; su total curación, su retomo a la normalidad.

—Decididamente, doctor Malden, van a tener mucho que

agradecerle las personas que sufren una dolencia —suspiró Cecil Caesar—. Tanto o más de lo que yo mismo le guardo de gratitud en mi corazón...

—Olvídalo —sonrió el médico—. Ya me ha devuelto con creces lo poco que mi ciencia pudiera darle, amigo mío...

Se interrumpió el doctor Malden. Giró la cabeza hacia la puerta, que acababa de abrirse, tras una apremiante llamada con los nudillos. Apareció en el umbral una mujer joven, de cabellos suavemente rubios y cortos, de ojos pardos, inteligentes y vivaces. Vestía bata blanca, y una pequeña placa, sobre el bolsillo superior izquierdo de aquella bata, justamente encima del corazón —y por tanto sobre una de las arrogancias firmes y juveniles de sus pechos enhiestos, dibujados violentamente contra el blanco tejido—, placa de plástico en la que era legible su nombre, como en la que portaban todos los miembros del personal médico de El Paraíso: doctora Nelly Wade.

—Doctor Malden, con permiso —habló, con voz excitada—. Es urgente...

—¿Sí? —El médico hizo un gesto, invitando a pasar a la doctora Wade—. Hable ya, doctora. El señor Caesar tiene perfecto derecho a saber lo que ello sea, tratándose de algo relativo al establecimiento. ¿Es así?

—Es así, doctor —confirmó ella, graves sus bellos ojos. Dirigió una veloz mirada de soslayo al financiero—. No le va a gustar, señor Caesar, ni tampoco a usted, doctor Malden. Pero debo informarles de lo que sucede.

—¿Suced realmente algo adverso? —Se preocupó Malden, que conocía a la doctora Wade y sabía su escaso afán de dramatizar las cosas.

—Suced, sí —asintió ella sombríamente—. El demonio ha entrado en El Paraíso.

—El demonio... —Caesar enarcó las cejas, perplejo—. El demonio en El Paraíso... Parece un juego de palabras, doctora. Y tan viejo como el mundo...

—Usted no diría cosas así si no tuviera un motivo serio —comentó el doctor Malden, preocupado—. ¿Qué es ello, doctora Wade?

Nelly Wade, doctora en psiquiatría, no respondió con palabras.

Hundió una mano en el bolsillo de su bata blanca. Cuando la extrajo, mostraba en ella un papel doblado, que tendió a su superior.

El director del establecimiento notó al tacto que era papel vulgar, de un blanco no muy brillante. Cuartillas como aquélla se podían comprar en cualquier parte. O adquirirse muy cerca. Incluso...

—Parece papel del nuestro —dijo de repente—. Con el membrete cortado...

—Es papel del nuestro —corroboró la doctora Wade—. Y con el membrete cortado, sí...

Malden no añadió más a su comentario anterior. En vez de ello, abrió la carta o escrito. Y se enfrentó con su texto, escrito a máquina, en letras mayúsculas, algo desordenadamente alineadas:

«Primera carta:

»Le he elegido a usted. Sí, a usted. Me da asco, náuseas incluso. Usted es un desdichado. Nunca va a sanar. Lo sé. He leído su expediente. No debió venir aquí a dilapidar inútilmente el dinero de su madre. Es un asqueroso niño mimado con el cerebro enfermo. Sería un sádico brutal y peligroso si estuviese fuera de aquí. Yo sé cómo mira a las chicas, cuáles son sus horribles deseos de ultraje y de muerte...

»¡Pobre sociedad si alguna vez saliera usted de aquí! Deben recluirle en un manicomio, Tyler. No tiene remedio su mal. Pierde tiempo y dinero en este lugar.

»*Un sincero amigo*».

—Un sincero amigo... —Malden se estremeció. Apartó la carta, con gesto de asco—. Es despreciable. Cruel y odioso, doctora...

—Estamos de acuerdo, doctor. Ese anónimo es repugnante. Demuestra una vileza en su autor... o autora. Una vileza sin límites...

—¿Cómo dio con él? —se interesó Caesar, tras leerlo en silencio

—. ¿Se lo dio el propio Tyler?

—No... —suspiró ella—. Danny Tyler ha tenido que ser internado en la zona sanitaria. Tuvimos que aplicarle inyecciones de calmantes. No sabemos cómo reaccionará después.

—¿Le dio una crisis? —se alarmó el doctor Malden, palideciendo.

—¿A quién no, con semejante carta? —La doctora Wade sacudió la cabeza con aire irritado—. Eso es criminal. No tiene sentido hacerle una cosa así a un pobre enfermo...

—Una cosa así tiene demasiado sentido incluso, doctora —rectificó suavemente el doctor Malden—. Observe su contenido. Parece ser cierto que haya leído el expediente. Tyler no tiene remedio, usted y yo lo sabemos bien.

—Sí, doctor.

—También sabemos que es un muchacho de instintos morbosos. Le atraen las mujeres de un modo enfermizo. Sería capaz de ultrajar a cualquiera, y asesinarla después, con la misma convicción de un niño que juega a la gallinita ciega. No concibe que eso sea malo. Aquí está sujeto, aquí casi le habíamos hecho olvidar sus instintos de enfermo. Pero esa carta... lo puede hundir todo.

—Yo había logrado incluso que se bañase en la piscina. Y que mirara mansamente a las chicas en bañador —señaló la doctora Wade—. Lentamente, enfrentándole con el sexo, hubiera terminado por asimilar la relación con las mujeres como algo normal y perfectamente sano. Ahora... no sé.

Se quedaron todos en silencio. Caesar volvió a leer la carta y soltó un gruñido áspero. Luego, dio unos pasos hacia la doctora.

—¿Cómo se hizo con esta carta? —se interesó.

—Danny, en su acceso violento, la había dejado caer. Quería estrangular a un enfermo y huir. Gritaba, asegurando que él está loco y que es incurable, que sólo queremos robarle el dinero a él y a su pobre madre viuda y enferma... Costó mucho trabajo reducirle. Al ver que yo obtenía la carta, se enfureció terriblemente. Quería soltarse, venir a mí, golpearme y arrebatairme el papel. Todo fue difícil. Y muy penoso, señor Caesar...

—Lo comprendo, sí... —El suspiro del hombre fue profundo, amargo, lleno de pesar—. Pobre muchacho... ¿De modo que es cierto lo que aquí afirman? Es un incurable, ¿no?

—Me temo que sí, señor... Es hijo único, mimado. Su madre está en buena posición económica, pero se encuentra muy enferma del corazón. Le tuvo siempre a su lado, no le dejó salir con chicas, divertirse liberalmente... Es el típico caso de muchacho introvertido, que odia a las mujeres por el simple hecho de que su madre es una de ellas y le coartó siempre su libertad, tratándole como a un niño. Pero ese odio paranoico a las hembras se transforma en deseos inconfesables cuando ve un desnudo, una mujer atractiva, algo que exalta sus instintos dormidos...

—Conozco el caso —asintió el financiero de El Paraíso—. ¿Cómo pudo conocer esos datos el autor del anónimo?

—No lo sé. Vamos a investigar eso ahora. Posiblemente tuvo acceso a los expedientes de nuestros enfermos...

—¿En mi propio fichero? —se asombró Malden—. No lo creo, doctora...

—No existe otro lugar donde leer los informes personales de cada paciente. Usted sabe que eso que dice ahí es cierto. Simplemente, intentamos aliviar su mal, pero es de esas mentes que no tienen cura en un noventa y nueve por ciento de los casos...

—Hay otra cosa, doctora —replicó Malden, sombrío—. La carta está escrita con máquina.

—En efecto, doctor. Hay varias en este establecimiento.

—Y todas en nuestra oficina, precisamente —le recordó Malden.

—No todas —rectificó vivamente la doctora—. ¿Olvida a Lori Welk?

—Cierto... —Pestañeó el doctor—. La señora Welk y sus manías literarias... Ella tiene una máquina de escribir.

—Una «Underwood» portátil, modelo 1965 —asintió la doctora—. Pensé en eso ya, doctor.

—¿Fue la utilizada para esa carta tal vez?

—En absoluto. No sé qué tipo de máquina pueda ser. Vamos a probar todas las del establecimiento. Pero no es una «Underwood» 1965, desde luego. Ésa está descartada. No es el tamaño de letra, ni el tipo de los modelos puestos a la venta, ni tan siquiera la línea habitual de la marca. He comprobado eso al venir hacia acá, ya que la señora Welk no estaba en su habitación.

—Creo recordar que ella tuvo otra máquina este invierno...

—Sí. La desechó al adquirir esa nueva —arrugó el ceño la

doctora—. No logro recordar qué otra máquina tuvo la señora Welk...

—De cualquier modo, se deshizo de ella, ¿no?

—Creo que sí. Pero posiblemente lo hizo entregándosela a alguno de nuestros enfermos. Puede estar en un alojamiento de personal... o en el desván, con los objetos viejos e inútiles, doctor.

—Miraremos eso también... —Malden se frotó el mentón—. No me gusta esa carta, doctora.

—No, a mí tampoco. Por eso le dije que era como si el demonio hubiera entrado en El Paraíso...

—El demonio... —Caesar intervino en la conversación—. Solamente un cliente insano, doctora. Un maníaco que goza haciendo sufrir a los demás...

—Parece obra de un cliente, sí —convino Malden—. Pero no se puede afirmar tanto. Todavía es pronto para eso.

—¿Qué quiere decir? —Se intrigó Caesar.

—El doctor Malden deja abierta la puerta a una posibilidad tan razonable como cualquier otra —apoyó la doctora Wade—. La de que uno de nosotros, por ejemplo, fuese el autor del anónimo...

Cecil Caesar parpadeó, asombrado. Hubiera protestado vivamente, de no ser porque el tono de Nelly Wade era muy serio. Y que el gesto de su colega y superior, el doctor John Malden, director de El Paraíso, parecía cargado de recelos, de dudas, de inquietudes. Y en ningún momento pareció dispuesto a poner en duda la horrible sugerencia de la doctora Wade...

—Dios mío... —El gordo y apacible Caesar, actual mecenas de aquel establecimiento, y antiguo paciente de otro similar, aunque no con las mismas ideas psicoterápicas, sacudió su cabeza, reflexivamente. Su voz sonó apagada, difusa, como temiendo decir cuanto decía—: Un anónimo en una comunidad como ésta es algo horrible y peligroso...

—Y, *además*, es el primero.

La frase de Malden tuvo la virtud de hacer girar las cabezas de ambos. Miraron con viveza, con inquietud, al director de El Paraíso.

—¿Qué... qué quiere decir con eso? —se alarmó Caesar, humedeciendo sus labios repentinamente.

—Yo entiendo lo que el doctor Malden ha querido decir, señor. ¿No recuerda el encabezamiento de esa carta? Parece el inicio de

una serie de ellas. Ahí dice... «Primera carta»...

—«Primera carta»... Oh, Dios... ¿Es que... habrá otras?

—Eso parece dar a entender. Eso parece... —musitó Malden, sombrío.

CAPÍTULO III

La segunda carta no tardó en hacer su aparición.

El doctor Glenn Stacey llegó con ella, visiblemente agitado, a presencia de la doctora Wade, en el laboratorio del establecimiento sanitario.

—Aquí está —dijo el joven médico—. Me ha tocado a mí, doctora.

—¿Cómo? —Ella se volvió, sin entender.

—La segunda carta... Otro anónimo —le tendió un papel escrito a máquina. Letras mayúsculas, en una cuartilla con la parte superior cortada—. Es para mí, doctora.

—¿Para usted? —se asombró ella—. No entiendo... ¿Qué pueden decirle a usted, doctor Stacey?

—Léalo y lo sabrá. No es un secreto, aunque mucha gente lo ignora. En especial, nuestros pacientes.

—No entiendo...

—Entenderá si lo lee. Hágalo, por favor. No pienso ocultar esa... esa basura.

La doctora Wade tomó el mensaje anónimo. Lo leyó en silencio.

«Segunda carta:

»Usted merece que me ocupe de su persona, doctor. No es un hombre brillante ni eficaz. Es un médico fracasado. Un inepto. Lo fue desde un principio. Mal estudiante, malas notas... Aprobé ciertas asignaturas difíciles por recomendación. Luego, fracasó como médico, por la bebida. Quiso rectificar, y ahora está

aquí. ¿Va a durar mucho? Yo creo que no. El alcohol sigue siendo una tentación para usted. Se desploma su firmeza ante cualquier botella de buena bebida. Espero su pronto hundimiento. Su fracaso como doctor y como hombre. Es inevitable, y usted lo sabe.

»Su sincero amigo«.

—Es... es horrible —se estremeció la doctora, soltando la carta como si ésta de repente se hubiera convertido en una víbora—. Da horror pensar que alguien sea capaz de verter tanto veneno, doctor Stacey. Tanta sucia mentira...

—Lo malo está ahí, doctora. Que nada es mentira...

—¿Cómo? —Nelly Wade se volvió hacia Stacey con asombro.

—Eso tiene razón —señaló la carta con ira—. Fui mal estudiante. Aprobé por influencias. Fui un jovencuelo borracho y torpe. Me propuse enmendarme. Y lo estoy logrando. Pero el alcohol siempre llama otra vez. A veces... a veces, me siento tremendamente débil. Resisto, pero sigo sintiéndome débil...

—Le comprendo, Stacey —ella apoyó una mano en un brazo, afectuosamente—. No debe sufrir por esas vilezas. El autor de esa carta parece complacerse en el fango. Gustosamente le vería a usted inmerso de nuevo en el vicio. No se deje tentar. Ni siquiera debe vacilar lo más mínimo. Es lo que desea ese anónimo, maldito sea. Sea más fuerte, más firme que ese ser despreciable que quiere hundirle. Yo lo espero de usted, Stacey...

—Gracias, doctora. Pero no confíe demasiado en mí. Muchas veces, los hombres que se creyeron fuertes fueron los primeros en caer... Y esa carta, créame, me hizo daño. Mucho daño. Me hizo dudar de muchas de mis convicciones, de mis seguridades. Parece tan convencido su autor de que soy capaz de volver al envilecimiento... Y sabe tantas y tantas cosas de mí...

Nelly Wade no respondió. Estaba meditando sobre eso. Ni siquiera supo qué decirle a Stacey sobre sus inseguridades. Le comprendía y le compadecía. Era natural que, diciendo las horrendas verdades que allí se decían, el joven médico vacilara en sus convicciones, en sus nobles propósitos de enmienda...

—Habría que hacer algo... —habló tras una pausa Nelly Wade

—. Algo eficaz, doctor, para terminar con el juego del autor de esas cartas, el siniestro y «sincero amigo»...

—¿Se le ocurre algo, doctora?

—Sólo una cosa: llamar a la policía...

—¿La policía?

—Son anónimos. Anónimos criminales, como todos los que encierran mala fe. Eso está especificado en las leyes. La policía intervendrá para averiguar lo que sea.

—Pero la policía... aquí... —Stacey se frotó el mentón, vacilante

—. No es un buen procedimiento psicoterápico para nuestros pacientes, créame.

—Lo sé. No estaba pensando en llenar El Paraíso de policías. Sería contraproducente, incluso peligroso para la marcha de nuestra terapia con los clientes. No, no es eso. Denunciaremos el caso, simplemente, al comisario Earl Hunter.

—¿A Hunter?

—El viene con frecuencia a nuestro establecimiento. Una vez por semana, normalmente. Bien. Hunter será informado del caso, como comisario de este condado. Que resuelva lo más pertinente.

—Conforme, sí. Earl Hunter es conocido de los pacientes. Pero que no meta en El Paraíso a agentes uniformados o cualquier cosa así.

—No hará falta que llegue a tanto. No nos enfrentamos con un criminal en el estricto sentido de la palabra, sino con un enfermo mental que disfruta hiriendo en lo más hondo a los demás. Alguien que destila veneno por todos los poros de su ser... pero que solamente encuentra un arma para derramarlo: la máquina de escribir y un papel...

—Un enfermo mental que puede estar más allá de la línea... o más acá —comentó Stacey—. Puede ser un paciente... o uno de nosotros.

—No se puede desechar esa posibilidad. Aún no hemos localizado la máquina de escribir. Ni a su dueño actual, por supuesto. Pero aparte de lo que haga Earl Hunter, nosotros vamos a actuar por nuestra cuenta mientras tanto, investigando cuanto suceda dentro de este lugar...

—Sí, doctora. —Stacey asintió, pensativo. Una idea acudió de pronto a su mente—. Doctora... ¿se han ocupado de estudiar a la

señora Welk?

—¿Lori Welk? Sí, estamos estudiando su caso. La máquina de escribir no es la suya. Y ambas notas anónimas fueron escritas con una misma máquina, doctor Stacey.

—No sé si la máquina será la suya o no. Pero el estilo, el veneno, la mala fe que todo eso rezuma... parece justamente a su medida...

Y salió del laboratorio, con paso enérgico. Nelly Wade dejó, con un suspiro, el tubo de ensayo en el que realizaba unos análisis, en su soporte. Luego, lentamente, se despojó de su bata de trabajo.

Parecía preocupada. Muy preocupada.

* * *

Earl Hunter apuró lentamente su cerveza. Chascó la lengua, tras limpiar rudamente la espuma blanca que dejara en sus labios. Luego, echó otra ojeada a los dos textos mecanografiados en mayúsculas.

—Uno de sus locos quiere divertirse volviendo chiflados a los demás —comentó entre dientes.

John Malden negó con energía. Después, él mismo tomó un corto sorbo del fresco líquido espumoso.

—No, no creo que sea un loco vulgar el que hace eso. Incluso puede ser alguien perfectamente normal, Hunter.

—¿Normal? —El comisario puso ojos de asombro, muy abiertos—. ¿Ha dicho usted normal?

—He dicho normal, sí. No precipite sus juicios, comisario Hunter. Yo soy médico. Entiendo la mente humana mejor que nadie. Hay gente frustrada en el mundo, gente que odia a los demás, sólo por el hecho de que ellos no fueron capaces de hacer lo que hacen otros en el mundo. O porque no tuvieron tanta suerte como han tenido esos otros. No son oficialmente ni siquiera clínicamente locos. Pero en el fondo su cerebro está enfermo y ellos no se dan cuenta... Hunter, quiero que investigue todo esto. Pero que lo haga con tacto, con buen juicio... No se precipite, no cometa errores que luego serían irremediables. Es preferible que usted vaya cuidadosamente en el caso... Un *shock*, una crisis en cualquiera de los enfermos... resultaría sumamente penoso para todos, negativo para nuestros métodos... y gravemente perjudicial para el afectado.

—Sí, le entiendo, doctor —admitió Hunter—. Soy un hombre rudo, pero le entiendo bien. Investigar una cosa de éstas no es tarea sencilla.

—No, no lo es. He pensado en denunciarlo al FBI incluso, comisario.

—¿El FBI? Oh, cierto... Anónimos malévolos... Es delito federal. Nadie puede amenazar u ofender a nadie por escrito o por teléfono, según la ley federal. ¿Va a hacerlo, doctor?

—No. Sería escandaloso. La naturaleza de nuestra pequeña y apacible comunidad exige cierto tacto en los movimientos a hacer. Por ello pensé en usted. Si el asunto se complicase más, sería llegado el momento de informar al FBI. Pero por ahora ése no es el caso. ¿Va a ayudarnos, Hunter?

—Con toda mi alma, doctor —asintió Earl Hunter, el rabio y fornido comisario del condado—. Me tiene a su disposición. Y si alguna vez, por mi propio carácter violento, usted ve que doy un paso en falso que pueda perjudicar a sus pacientes, avíseme a tiempo. Rectificaré gustoso.

—Gracias, muchacho —sonrió ampliamente Malden, y palmeó con calor la espalda del comisario local—. Muchas gracias por todo. Y quiera Dios que descubramos al autor de esos dos horribles mensajes...

—Tres, doctor Malden.

—¿Tres? —Se revolvió Malden, sorprendido, hacia el lugar de donde procedía la voz.

Se encontró con la doctora Wade en la puerta de su despacho. Ella aparecía ligeramente pálida, con un papel que temblaba en su mano nerviosa. Antes de que Malden o el comisario Hunter pudiesen preguntarle nada, la doctora Wade llegó hasta ellos y tiró el papel sobre la mesa. Se humedeció la hoja de cerveza del frío y empañado jarro del comisario.

Éste clavó sus ojos desconcertados en el breve texto de aquel mensaje escrito sobre una cuartilla con la parte superior cortada:

«Tercera carta:

»Usted, jovencita, es particularmente torpe y estúpida. Es también fácil de convencer. ¿Cree que va

a salir pronto de aquí? No sea ridícula. Sus tíos quieren realmente su herencia y su dinero. Se portan agradablemente porque saben que usted jamás saldrá de aquí. Jamás. Pobre infortunada criatura. Su dinero será para ellos. Y para usted, el manicomio. Lo merece. ¿No se dio cuenta aún de lo enferma que está, pobre loca?

»*Su sincero amigo*».

—Dios mío... —Se estremeció el comisario. Y tiró aquel papel hacia el doctor Malden, como si su proximidad le contaminase de algo funesto—. Qué ser más cobarde y repugnante...

—Odioso como pocos, comisario —asintió la doctora—. Esa pobre chica, la destinataria de esa carta... está muy enferma ahora.

—¿Eileen Conrad? ¿Es ella? —se interesó Malden, nervioso.

—Ella, sí. Ese muchacho, Lee Baker, está con ella, tratando de consolarla. No es fácil. Le ha dado una crisis violenta. Cree, realmente, que le ocultamos algo, que está demente, que sus tíos quieren desposeerla de todo. Ya había sanado de esas manías, y ahora se las vuelven a inculcar del modo más cobarde y ruin que he conocido. Hay que hacer algo...

—¿Se da cuenta, comisario? Es como tener a un monstruo aquí dentro. Ni siquiera sabemos quién pueda ser. Acaso alguien que parece perfectamente normal, amable y correcto. Alguien que nadie puede imaginar sentándose a una máquina para escribir esas basuras, para verter ese veneno vergonzoso... Alguien que goza aporreando una máquina para triturar vidas, mentes, espíritus humanos...

—Se hará algo, doctor. —Earl Hunter se puso rabiosamente en pie—. Y muy pronto. Voy a volver mañana, con Cualquier pretexto. Me quedará todo el día aquí. Y algo encontraré, palabra. Sea lo que sea, algún indicio nos llevará a ese ser maligno que escribe los anónimos...

—«Su sincero amigo»... Una firma singular. No le importa ser sincero o no. Lo importante es herir, llegar a lo más hondo... —La doctora Wade meneó su cabeza con pesimismo—. Me pregunto

hasta dónde llegará... y quién será el destinatario de su próxima carta, la número cuatro. Y la cinco, la seis...

—Confío en que no llegue tan lejos —cortó Earl Hunter con firmeza—. Si yo fracasara, doctora, entonces sí que recurriríamos al FBI. Cualquier cosa sería mejor que dejar impune un delito semejante...

—No es el delito en sí el que me preocupa ahora, sino sus consecuencias —señaló Malden, irritado—. El diablo está ahora aquí. Me pregunto si todo quedará en crisis más o menos violentas... o alguien llegará más lejos, bajo el impacto emocional de esas cartas...

—Sí, doctor Malden —afirmó la doctora Wade—. Eso mismo estoy preguntándome yo desde que conocí la primera carta...

CAPÍTULO IV

Earl Hunter cerró los ojos cuando el doctor Stacey clavó la aguja hipodérmica en el brazo de la joven. Nunca le había gustado al joven comisario el acto de ver inyectar a una persona. Le producía mareos.

La muchacha, en el lecho, dejó de gesticular y gemir. Lentamente, se adormeció. Cansado, Stacey depositó la aguja y la jeringuilla en un recipiente, sobre la mesilla inmediata. Cruzó su mirada con Hunter.

—Otro calmante —señaló—. La pobre Eileen Conrad está pasándolo muy mal desde ayer...

—Diablo, ya veo —refunfuñó Hunter—. Ese anónimo hizo su daño...

—¿Si hizo daño? —Las manos de Lee Baker, nervudas y fuertes, crujieron al estrecharse entre sí, con violencia—. Maldito sea su autor... Si usted no da pronto con él, yo intentaré saber quién es. Y le juro que entonces ya no necesitaré a nadie para ayudarme. Le estrujaré con mis dedos hasta quitarle el último vestigio de vida, maldito cerdo...

—Cálmese, Baker —le aconsejó Stacey—. Es lo que quiere ese monstruo. Que ustedes se exciten, que toda la labor de meses se destruya en un momento, por culpa de una carta insidiosa... Ya se salió con la suya con la pobre Eileen. Usted, como un hombre que es, y bien equilibrado por cierto, no debe dejarse llevar por la corriente de maldad que ese ser pone en circulación con sus cartas.

—Algún día recibiré yo la mía, doctor —gruñó Baker—. Me dirán que estoy loco, que no tengo remedio, que ésta es una cárcel de apariencia atractiva, pero donde todos estamos prisioneros como en un manicomio. Y que nunca volveré a conocer la vida normal,

que nunca seré más quien fui...

—Es posible que la reciba, sí. —Stacey le miró francamente—. Yo mismo, Baker, he sido afectado ferozmente por una de esas cartas malditas. Me dolió y me sentí inseguro de repente. Luego, he recapacitado. No estoy dispuesto a ceder. Odio tanto como usted a quien escribió todo eso, y si supiera quién es, no vacilaría tal vez en estrangularle con mis propias manos, sin el menor remordimiento. Pero lo importante es sobreponerse, rechazar la insidia y salir adelante, victorioso sobre tal basura. Es difícil, lo sé. Uno, al principio, se siente afectado, impresionado, creyendo al pie de la letra lo que esa puerca misiva sugiere. Pero hay que ser fuertes, Baker. Hay que olvidar que se recibió un anónimo semejante... y seguir el camino recto, el que siempre hemos seguido. Con fe y con esperanza en el futuro.

—Fe y esperanza... Esa bestia desconocida procura destruirlas por un igual a cada persona que dirige sus anónimos...

—Claro, Baker. Eso es lo que pretende. Si lo logra, seguro que interiormente se sentirá muy feliz. Si fracasa y nosotros no hacemos caso, su desilusión será muy grande, e incluso es posible que entonces deje de escribir porquerías... o que lo haga con más virulencia y termine por delatarse a sí mismo.

—La señora Welk —hizo chocar de forma escalofriante un puño suyo sobre la palma abierta de la otra mano—. Estoy seguro de que es ella, doctor.

—No hagas acusaciones precipitadas, muchacho. No sería justo —le rectificó suavemente Hunter, con un suspiro. Sus fuertes manos de hombre rural dieron vueltas al sombrero «Stetson» gris con el que habitualmente se cubría al hacer el recorrido del condado en su *jeep*—. Es mejor esperar a que surja algo, un indicio que nos permita acusar con fundamento de causa.

—¿Cuándo será eso, maldita sea? —refunfuñó Lee Baker, contemplando dolorido a la yacente, ahora quieta y apacible, Eileen Conrad—. Mientras sigan escribiéndose cartas así, no habrá paz en El Paraíso...

—Procuraremos que no se escriban más, Baker —prometió Hunter, con la energía reflejada en el rictus enfático de su ancho mentón—. Vamos a poner toda nuestra voluntad en ello.

—Dios le ayude —suspiró Baker—. Pero algo me dice que va a

ser inútil... y que esas cartas continuarán llegando a sus destinatarios.

Lee Baker podía estar obsesionado, incluso nervioso por el clima de excitación que paulatinamente se estaba creando en El Paraíso, por culpa de los anónimos.

Pero, ciertamente, en esta ocasión él estuvo acertado. Su instinto no falló.

Hubo una cuarta misiva con la firma de «su sincero amigo». Una misiva tan cruel como las otras, dirigida esta vez a Hugh Dunnock, un cliente del establecimiento psicoterápico del doctor Malden. Un hombrecillo charlatán, risueño y chismoso, que siempre estaba de buen humor.

Hugh Dunnock recibió su carta cuando iba a la llamada para el almuerzo y acababa de salir del cuarto de baño.

Vio pasar el sobre bajo la puerta, sigilosamente, casi sin ruido. Rápido, corrió a cubrir su desnudez con un albornoz y se precipitó en el pasillo. Tardó en todo ello cosa de diez o doce segundos. Era poco tiempo, pero sin duda el portador de su extraño correo era persona muy rápida. Cuando Dunnock asomó al pasillo, ya no había nadie a la vista.

Regresó a su habitación y tomó el sobre del suelo. En su destinatario, en letras mayúsculas, se había escrito su nombre: Hugh Dunnock. Nada más. Se engomó la solapa del sobre y se pasó bajo la puerta.

Dunnock extrajo la cuartilla incompleta, con su parte superior cortada. El texto maligno apareció ante sus ojos, como un trallazo de feroz crueldad por parte de alguien.

«Cuarta carta.

»Dunnock: Eres una rata sucia y repelente. Te gusta meterte en las vidas ajenas, criticar a los demás, sin pensar que tu propia vida tiene ya sobrada crítica por sí sola. ¿Has olvidado ya que provocaste la muerte de aquel niño inocente? ¿Eres tan vil y tan olvidadizo que ya no recuerdas tu vida en el mundo, haciendo daño a los demás con tu torpeza y tu estupidez de deficiente

mental? No sólo aquel niño a quien causaste su trágico final, al prender fuego, por error, y no apagarlo luego por miedo, sino a tus amigos, a los que dejaste caer en un abismo, por asustarte y no auxiliarles a tiempo. Ellos no murieron, pero uno está ahora inválido y el otro ciego. Son tus obras, loco. Las obras de alguien que no merece vivir, ni siquiera salir jamás de aquí. Creo que los médicos piensan como yo.

»Un sincero amigo«.

Ésa fue la cuarta misiva anónima recibida dentro de El Paraíso. Hubo también una quinta carta, sólo horas más tarde. Exactamente aquella noche, cuando ya Earl Hunter interrogaba a todos los pacientes y personal del sanatorio del doctor Malden, en un inútil y exasperado intento de dar con el culpable de las cartas malditas.

Pero esa quinta carta fue más grave que ninguna otra en sus consecuencias.

La quinta carta provocó la muerte de alguien.

La muerte de su destinatario, exactamente.

* * *

La doctora Nelly Wade se puso en pie con un suspiro. Consultó su reloj.

Eran exactamente las once y veinte minutos de la noche. Una hora muy avanzada para el régimen interior de El Paraíso. La hora de retirarse a descansar todo el personal. Los clientes hacía tiempo que estaban ya en sus alojamientos. Esa noche, incluso la velada de televisión había sido un fracaso. Nadie pensaba en el programa cuando éste se proyectaba. Y sí, en cambio, tenían su mente ocupada por preocupaciones, temores y sospechas muy concretos.

Las cartas anónimas preocupaban a todos. Acaso entre ellos, a uno en particular: su autor, el responsable de tanta cobardía vertida en un pliego de papel mecanografiado. Pero, en general, el temor y la incertidumbre eran totales y afectaban a pacientes y personal sanitario por un igual. En realidad, la doctora Wade estaba segura

de que nadie se fiaba de nadie en aquel momento, y que hasta los más amigos se miraban con recelo, como sospechando mutuamente el uno del otro, con respecto al origen de aquellas cartas siniestras.

La doctora Nelly Wade apagó la lámpara de su mesa de trabajo. Entraba luz por la ventana, con sus persianas a medio cerrar. Muy poca luz, procedente del cuarto creciente de la luna, en un cielo azul y sin nubes.

Estaba cansada y ansiaba retirarse a reposar. No quería pensar absolutamente en nada. Pero no podía sustraerse a la desagradable idea de que, en muy pocas fechas, la paz amable y dulce, el tibio y familiar ambiente de El Paraíso, había sufrido una tremenda convulsión, y los propios procedimientos psicoterápicos del doctor Malden estaban en peligro.

La doctora Wade se preguntaba en esos momentos cuándo sería ella misma la que recibiese una carta del monstruo de maldad oculto en aquel paradisíaco lugar de reposo, de sosiego y de paz. Porque ella, como todos, tenía también muchas cosas que ocultar. Y no todas agradables ni beneficiosas para su carrera o para su persona. Cosas de esas que todo el mundo procura olvidar para siempre..., si es que le dejan olvidar.

Recordó la llegada del mensaje a manos de Hugh Dunnock, el enfermo chismoso. No había reaccionado con la violencia o el dolor de otros, ciertamente. Pero tampoco le dejó indiferente. La doctora Wade había apreciado su nerviosismo, su temor, su enfado hacia el responsable de aquella misiva. Y la frase hiriente, malévola, en los labios torcidos y maliciosos de Dunnock, al referirse al autor de la carta anónima:

—Algún día sabré quién es. Posiblemente lo sepa antes que nadie... Y entonces, le cortaré las manos para que no escriba más cartas... Si no se desangra de esa mutilación, seguiré matándole lentamente. Muy lentamente, mientras me llora, pidiendo clemencia. Y no la tendré. No la tendré ni siquiera cuando le vea agonizar, con los ojos muy abiertos...

Era horrible que la gente pensara cosas así. Dunnock era un mal bicho, aparte su enfermedad mental, pero últimamente estaba bastante apacible. Oírle hablar de cosas tan tremendas, aunque jamás llegara a realizarlas, no podía ser más negativo para el establecimiento, para el doctor Malden, e incluso para sus

colaboradores.

Se estaba incubando odio en el establecimiento sanitario. Mucho odio. Incluso demasiado. La gente temblaba, ansiando destruir a un culpable, quien fuese. La gente toda, bajo aquel techo, deseaba matar, aniquilar, verter sangre... Era una siembra espantosa de maldad la que alguien estaba realizando allí, con la semilla de un veneno sutil, feroz, implacable con todos...

La doctora Wade iba reflexionando en todo ello cuando entró en su alcoba. Cerró cuidadosamente la puerta. Pasó el pestillo y giró dos veces la llave. Una precaución que rara vez tomaba últimamente. Pero ahora le parecía que las cosas eran distintas, muy distintas, bajo la aparente calma de El Paraíso.

Ya no se fiaba de nadie. Como los demás, pacientes o enfermos, doctores o ayudantes. En un lugar donde alguien se entretenía malévolamente en algo tan siniestro e inhumano podía suceder cualquier cosa. Sí, cualquier cosa...

La doctora Wade caminó lentamente hacia su lecho. Por el camino, desabotonó lentamente su blanca bata sanitaria. Debajo, apareció la blusa liviana, la falda ceñida a sus formas. Soltó también los botones de la blusa, dejando resbalar ésta por la morbidez de sus hombros. Asomó el corpiño. El estómago era liso, sobre la suave comba de su vientre. La falda resbaló desde sus caderas al suelo, deslizándose en torno a los muslos, donde las blancas medias del atavío sanitario terminaban junto a la franja rosada de su carne tersa.

Se acomodó en el filo de su lecho de tal forma. Meditó, mientras encendía un cigarrillo, en la semidesnudez llamativa de su atavío. Sola en su dormitorio. Pero quieta, preocupada, tensa y nerviosa. Preguntándose qué sucedería si instintos como los de Danny Tyler, el joven morbosos, con sus sentimientos retorcidos respecto a las mujeres hermosas, sensualmente provocativas...

Se estremeció. Su imagen en el espejo del armario ropero la alarmó instintivamente. La posibilidad de que los apetitos extraños y enfermizos de un Danny Tyler pudieran ser alimentados de nuevo por la perfidia de una nota anónima, deliberadamente maligna, le asustó vivamente.

Se irguió, tomó una bata, se cubrió con ella, casi asustada de su desnudez, incluso en privado y a solas, sin testigos posibles. Pero

con aquella oscura amenaza latente que es siempre un grupo de enfermos mentales, por normales y apacibles que parezcan, cuando una mente siniestra se complace en azuzarles, en despertar sus instintos dormidos, feroces, monstruosamente infantiles, de un infantilismo perverso e inhumano, que inevitablemente podía conducir a la violencia, a la sangre, a la destrucción...

La doctora Wade tomó de repente su decisión. Fue enérgica, súbita, deliberadamente resuelta. No se hubiera vuelto ya atrás por nada del mundo. Pensó en el fornido mocetón, ingenuo y rural, que era Earl Hunter, el comisario. Y no le produjo la menor confianza. Podía derribar a un toro a puñetazos, o aniquilar a diez locos con la sola fuerza de sus manos. Pero no era eso lo que hacía falta allí. La fuerza física iba a servir de poco frente a un cerebro frío y perverso que actuaba en la sombra.

Por ello Nelly Wade tomó su decisión. Y por eso, tras aplastar el cigarrillo en el cenicero, alzó decididamente el teléfono de su mesilla. Había una centralilla en El Paraíso. Pero no era necesario pedirle que marcaran el número o diesen la conferencia.

—¿Dígame, doctora Wade? —preguntó el telefonista de turno.

—Por favor, línea con el exterior —pidió ella.

Hubo un chasquido breve. Ya tenía la línea concedida. Marcó un número de la central telefónica local, en la cercana ciudad. Solicitó:

—Larga distancia, por favor. Washington, D. C.

—Su número, por favor.

Lo dio. Y el nombre de la residencia del doctor Malden. Luego indicaron amablemente:

—Puede marcar el número que desee. Le pongo Washington, señorita.

—Gracias —febrilmente, hurgó en su pequeño librito de apuntes, donde justamente aquel mismo día había anotado el número telefónico que buscaba en una guía de teléfonos de Washington, D. C., en la central telefónica de la ciudad.

Entonces, no había tenido valor para seguir adelante. Ahora, sí.

Marcó el número. Cuando se estableció la comunicación, una voz distante inquirió:

—¿Quién llama? Aquí la Oficina Federal de Investigación...

La doctora Wade fue escueta, tajante:

—Quiero informar. Informar al FBI. Es una denuncia formal. Soy

la doctora Nelly Wade, del condado de Mercer, Nueva Jersey...

Empezó a informar.

Luego, de repente, sonó el terrible alarido que conmocionó a toda la residencia. Un largo y horrible grito de angustia, de horror, que hablaba de violencia, de muerte, de catástrofe irremediable...

CAPÍTULO V

Su nombre era Shirl. Shirl Evans.

Su enfermedad, neurosis aguda, con manía persecutoria.

Edad, veintisiete años. Viuda. Su marido murió en accidente de automóvil. Ella aseguró siempre que alguien lo había provocado deliberadamente. Y que ese alguien la perseguía siempre, rondaba El Paraíso, esperando hacerla víctima de su venganza.

Y nadie, ni ella misma, sabía aclarar de qué venganza se trataba, o qué es lo que quería vengar aquel supuesto, fantasmal, perseguidor.

Shirl Evans era rubia y bonita, menuda y tímida. Shirl Evans había tenido siempre miedo, mucho miedo. Posiblemente a nadie, o posiblemente a alguien que su neurosis situaba en un plano espectral casi, de ser aborrecible y cruel, pero tal vez inexistente salvo entre los fantasmas de su propio cerebro.

Shirl Evans había sido una paciente amable y sencilla en El Paraíso. No provocó problemas, respondió muy bien al tratamiento y hacía concebir grandes esperanzas respecto a su curación. Había perdido al hijo que esperaba cuando su esposo murió. Eso debió perjudicar su salud mental, pero ya casi estaban logrando que ella olvidase el suceso doloroso y terrible. Ya estaban a un paso de su curación definitiva.

Y entonces sucedió. Entonces, Shirl Evans se suicidó.

Había sido su vecina de habitación, precisamente la señora Lori Welk, quien descubrió el cadáver. Su grito, su tremendo grito de terror, fue el que sacudió a todo el establecimiento, de arriba abajo, provocando la alarma nocturna.

Muchas noches, según confesó, Lori Welk entraba a hablar con Shirl a confortarla de sus problemas, a charlar con ella de cosas

triviales. Ciertamente, nadie recordaba que sus visitas hubieran excitado o perjudicado nunca a la joven viuda. Eso hacía pensar que Lori Welk no podía ser la malévola autora de las misivas anónimas. Una forma de comportamiento no encajaría con la otra. Pero todo se podía esperar en un sanatorio mental. Incluso las mayores paradojas. Eso, por tanto, no significaba nada en absoluto para los médicos de El Paraíso.

Lo cierto es que Lori Welk sufrió un terrible acceso de histerismo al encontrarse con la infortunada muchacha, ya sin vida. La muerte había sobrevenido por estrangulación.

Un cordón de los cortinajes de su ventanal, asomado a la piscina, había bastado para ello. Shirl Evans soltó aquel cordón de su sitio, lo emplazó en un saliente metálico del cuarto de aseo, y luego se dejó colgar, tirando el taburete de baño, hasta pender en el aire, sobre la bañera, y morir por asfixia.

Suicidio, sin lugar a dudas. Si Lori Welk hubiera sido persona capaz de ahorcar con sus propias manos a Shirl, habría que admitir que era la más grande actriz que jamás existiera, porque su crisis, su ataque de histeria, no era de los que se podían fingir fácilmente.

El motivo del suicidio apareció pronto. Fue el doctor Stacey quien dio con él, sobre el tocador de la joven paciente muerta.

—Otra vez... —jadeó, furioso—. Esas malditas cartas...

La mostró. Era la quinta de la serie maldita. La quinta carta, después de las enviadas a Danny Tyler, al doctor Stacey, a Eileen Conrad, a Hugh Dunnock... y ahora, a Shirl Evans. Ella no tuvo el valor ni la fortaleza de los demás. Ella se desmoronó ante el texto malvado y sin piedad. Ella terminó con su vida, para huir de la amenaza perfilada por la mala fe de un ser odioso y cruel como pocos...

La doctora Wade tomó lentamente aquel mensaje del infierno, escrito por un demonio de maldad insospechada.

«Quinta carta.

»Jovencita, en tu situación, vale más morirte. Has perdido a tu marido y a tu hijo. Siempre estarás sola. Sola en el mundo... y perseguida por los que te odian. Perseguida por alguien como ese que tú supones que

mató a tu marido. Pobrecilla... Me das lástima, Shirl Evans. Pero sólo puedo desear que mueras. Es lo mejor para ti, créeme. No quisiera estar en tus zapatos, no. No quisiera en modo alguno, pobre necia...

»Un sincero amigo«.

Era horrible. Despiadado, feroz, repugnante. Jamás sintió la doctora tanto odio por un ser, como podía sentir por aquel monstruo de perversidad, de mala fe, de insidia y de ruindad sin límites que era «su sincero amigo».

—Quisiera tenerlo siquiera un momento junto a mí —dijo sordamente, volviéndose a Cecil Caesar, que a su lado asistía a la espantosa escena de descolgar el cuerpo de Shirl, en presencia del comisario Hunter, urgentemente requerido por teléfono desde la residencia sanitaria del doctor Malden.

—¿A quién, doctora? —se interesó Lori Welk, aún muy pálida tras el hallazgo del cuerpo sin vida de su vecina de habitación.

—A la persona que escribe cosas así —jadeó la doctora sombríamente. Y estrujó con sus dedos el mensaje maldito—. Sólo un momento...

—¿Qué le haría usted, doctora? —se interesó Caesar.

—Matarle. Fría y deliberadamente. Asesinar con toda crueldad a quien es capaz de atrocidades así —dijo ella con dureza.

—Asesinar... —Se estremeció la señora Welk—. Qué palabra tan horrible, querida...

—¿Qué cree que es eso? —señaló el cuerpo, ya descolgado, de la infortunada Shirl—. Un crimen, señora Welk. Un crimen tan frío y deliberado como si el propio autor de la carta fuese quien la colgó de ese cordón con sus mismas manos... Al autor de cosas así, no se le puede tener compasión. Le mataría, sí. Le mataría sin el menor arrepentimiento, créame...

—No diga cosas horribles, doctora —se estremeció Caesar, nervioso—. Después de todo, usted es una mujer serena y equilibrada. Mantenga la calma, no se exalte. Todos lamentamos esta infamia, que además pondrá en entredicho la obra completa del doctor Malden... Ahora, si este caso pasa a otra jurisdicción más elevada que la del bueno de Earl Hunter, es muy probable que

ordenen la clausura de nuestro establecimiento. O, como mal menor, la alteración radical de su régimen interno, la supresión de toda clase de tolerancias para el paciente, convirtiendo esto, entonces, en un sistema sanitario más, con celdas, sin objetos cortantes y sin cordones, sin vidrios ni elemento alguno que signifique peligro... En suma, será el final de una obra terapéutica admirable. Y todo porque un paciente se suicidó, gracias a las facilidades que le presta el sistema de libertad interior implantado por John Malden. Sé que dirán todo eso. Y en especial el doctor Francis...

—El doctor Francis... —La doctora Wade se mordió el labio inferior—. Paul Francis, psiquiatra a la antigua. El director del Sanatorio de Trenton... El tendría mucho interés en que se cerrara definitivamente El Paraíso, ¿no es cierto? Así podría él llevar a cabo su propio programa psiquiátrico, dentro de un recinto carcelario, a la usanza de los siglos anteriores, cuando todavía un loco era para la sociedad un peligroso delincuente a quien había que meter tras gruesas rejas... Hermosa perspectiva sería ésa.

—Tal vez el doctor Francis ha encontrado en ese criminal que escribe veneno puro, un inesperado colaborador de sus teorías —refunfuñó malhumorado Caesar.

—¿Inesperado? —El doctor Stacey era quien había girado la cabeza, al oír el comentario del financiero, socio capitalista de Malden en aquella gran empresa sanitaria que era El Paraíso—. Quizá no sea tan *inesperado* como usted sugiere, doctor...

—¿Qué quiere decir, doctor? —se alarmó Cecil Caesar.

—La competencia ha llevado a veces a la gente hasta límites inauditos de maldad y de astucia —señaló Glenn Stacey, crispado—. Yo no me sorprendería mucho si el propio doctor Francis hubiera delegado a alguien aquí dentro para...

—Doctor, por Dios —le interrumpió John Malden, nervioso y pálido, mezclándose por primera vez en la conversación—. Vale más que no dejen volar su imaginación y pierdan la serenidad, en momentos como éste. No lleguen tan lejos. El doctor Francis podrá ser nuestro competidor, pero espero y creo que lo será con nobleza, con honestidad. De cualquier modo, aunque no fuese así, carecemos de elementos de juicio o de evidencias para señalar a nadie. Sólo nos queda seguir investigando, tratar de descubrir ahora quién es el

autor de esas cartas. Ya no se trata solamente de sorprender a un canalla, sino que estamos frente a un auténtico asesino, capaz de provocar deliberada y fríamente la muerte de cualquiera.

—Ciertamente, cuando caiga sobre esa persona, mi acusación legal no será por escribir anónimos, sino como responsable directo de un homicidio —corroboró con voz ronca, casi salvaje, Earl Hunter, comisario del condado de Mercer, en Nueva Jersey.

Siguió un profundo silencio a la afirmación del comisario del condado de Mercer. Los presentes, contemplando el cuerpo tapado con una sábana, bajo la cual dormía su último sueño la infortunada Shirl Evans.

Todos sentían emociones parecidas ante aquella muerte. Pero todos, también, comprendían que, por mucha que fuera su ira, ésta se estrellaba impotente contra el muro inaccesible que suponía la ignorancia de la identidad del autor de aquellos anónimos.

Y sabían que, por muchos deseos que sintieran de hacer justicia, incluso feroz y violenta justicia, la realidad era que difícilmente podrían dar rienda suelta a sus instintos vengativos.

Porque no había nadie en quien ensañarse. Todavía, contra sus deseos, la identidad del enemigo anónimo, del escritor de las notas diabólicas, era una perfecta, una total incógnita...

Y esto, cuando la quinta carta había provocado ya un suicidio. Cuando todavía podía llegar una sexta carta.

Y más...

* * *

Earl Hunter detuvo su automóvil frente al edificio y los jardines que constituían El Paraíso, con sus cercas de aspecto amable, de ladrillo y piedra, de verjas residenciales, pero no celulares. Cualquier idea de prisión se escapaba allí, al penetrar en el recinto sanitario del doctor John Malden, cuyas ideas de psicoterapia atrevida, valiente y actual, humana y directa, sin crear complejos ni temores en el enfermo, se llevaban a cabo dentro de aquel recinto.

El jeep del joven y fuerte comisario de rubios cabellos, paró junto al bordillo. Hunter se volvió a su acompañante en el asiento del vehículo.

—Lo siento, doctor Francis. Deberá quedarse aquí —dijo escueto

—. Es el fin de mi viaje. Es decir, el fin para usted. Yo entraré ahí. Pero no creo que a usted le gustara seguirme hasta el interior.

Paul Francis, médico psiquiatra, se quedó mirando fijamente a su acompañante, que continuaba ante el volante, esperando su descenso a tierra.

—Sí, comisario. Gracias por traerme hasta aquí. No pienso entrar, por supuesto. No sería bien recibido en esa loca comunidad.

—¿Loca? Doctor, creo que usted sufre un error...

—No, comisario. Es usted quien lo sufre. El doctor Malden y su buena fe le han nublado el entendimiento. Pero piense que las teorías de ese hombre son falsas, su criterio equivocado. No se puede dejar circular libremente a los locos, permitirles bañarse, utilizar cuchillas de afeitar, tijeras, cordones de calzado, de adornos... Es ridículo y temerario. Ahora ha sido una pobre chica en una crisis depresiva. Otro día será un suicidio más brutal. Y otro, otro... O posiblemente la agresión criminal a un enfermero, a una doctora, a un visitante o a otro paciente. Eso no tiene sentido. No conduce a nada.

—Hasta ahora, todo fue bien ahí —rechazó Hunter—. Es desde que empezaron esos anónimos...

—Anónimos... Sí, cualquier cosa es posible en una mente enferma. Algún loco juega, con la maldad propia de su estado mental, a divertirse con los miedos ajenos. Inconscientemente, les conduce a la demencia total, a la muerte. Eso no sucedería en un establecimiento como el mío. Es más, el autor de los escritos estaría ya descubierto, localizado, anulado.

Earl Hunter se frotó la barbilla, vacilante. Luego, aventuró un seco comentario, sin mirar siquiera al doctor Francis, pálido y enjuto, canoso y grave, erguido junto a su coche.

—Puede que usted tenga razón, doctor —aceptó el comisario Hunter—. Pero yo tengo ciertas ideas sobre todo lo que está sucediendo. Me parece que está bien enfocado el sistema educativo de los locos, por parte del doctor Malden. Lo que ocurre es que ahí dentro de ese recinto algo está podrido... Alguien conoce demasiado bien a los demás, y se complace en revelarle a cada uno sus lacras, para desmoralizarlo y conducirlo a una crisis dramática. Es una situación horrenda para los demás.

—Pero que demuestra el fracaso total, rotundo, de John Malden

y su sistema —rió altivamente el doctor Francis.

—Cuidado, doctor —le avisó de repente Hunter, con una mueca burlona—. Usted y Malden son rivales en psiquiatría y en métodos. No vaya usted a dar motivo a mucha gente para pensar que está usted mismo detrás de esos anónimos y de su autor... para hundir la obra del competidor.

—¿Qué está usted diciendo, Hunter? —Francis parecía escandalizado de semejante idea—. Eso no tiene sentido alguno...

—Para usted, tal vez no. Más valdrá así, pero ya hubo quien sugirió que nadie como el doctor Paul Francis para sentirse beneficiado por los hechos que tienen lugar hoy día en esa clínica.

Y riendo por su comentario, el comisario Hunter puso nuevamente en marcha el automóvil *jeep*, adentrándose en la zona residencial del doctor Malden.

Detrás de él, el doctor Francis se quedó erguido en la carretera, pensativo y como perplejo. Se acarició el mentón, contrariado. Luego, lentamente, se desvió de El Paraíso. Y tomó el sendero vecinal inmediato, hacia el cercano lugar llamado Pennington, donde tenía importantes asuntos que resolver.

Se detuvo en la parada del autobús. El rótulo destacaba claramente en la carretera, no lejos de la verja y de los altos setos de la residencia para enfermos mentales del doctor John Malden:

«BUS STOP. —A PENNINGTON, 3 MILLAS».

Esperó. Junto a este cartel, otro tomaba la forma de una flecha, señalando a la cercana edificación ajardinada. Allí indicaba:

«RESIDENCIA EL PARAISO. PROPIEDAD, DR. MALDEN, M. D., Y CECIL CAESAR».

El doctor Francis torció el gesto. Y de forma instintiva soltó un salivazo violento contra el rótulo indicador de la carretera...

Entretanto, Earl Hunter, con su *jeep*, se internaba en los amplios jardines de El Paraíso, hacia el edificio central del establecimiento sanitario.

Detuvo el vehículo en el claro situado ante el edificio, saltó a tierra y saludó cordialmente al doctor Glenn Stacey, que se encaminaba desde el edificio a la piscina, ahora desierta de

pacientes. Contrastaba aquella soledad del lugar con la animación de días atrás. Evidentemente, mucho estaban cambiando las cosas en el ambiente del lugar. Mucho estaba alterándose la normalidad de los pacientes.

—Hola, comisario —saludó Stacey—. ¿Nada nuevo?

—Nada, doctor. Nos enfrentamos a un tipo muy hábil. Los archivos fueron revisados, no hay duda. Incluso algunos expedientes están desordenados, evidentemente por haber sido removidos por alguien poco ducho en estas cosas —sacudió su rubia cabeza con energía—. Pero, ciertamente, no dejaron ni una sola huella. No hemos encontrado nada en las carpetas. Debieron limpiarlas cuidadosamente, o el intruso utilizó guantes en la operación. Las huellas antiguas, las de todos los que aquí hayan tocado esos archivos, están borrosas, lo que parece indicar que todo fue limpiado minuciosamente, en previsión de algún error.

—Esto quiere decir que por ese lado no hay nada que esperar, comisario...

—Me temo que no. He enviado las fotografías, sin embargo, a los laboratorios federales de la capital del Estado. No sé si ellos encontrarán algo que a nosotros se nos haya pasado desapercibido, pero en otras ocasiones tuvimos suerte en investigaciones similares. Lo cual quiere decir que no es que seamos ineptos, sino que nuestro culpable cuida escrupulosamente sus movimientos antes de efectuarlos...

—Parece la astucia de un loco —señaló Stacey, pensativo—. Pero eso no quiere decir nada. También una persona normal podría adoptar toda clase de precauciones para no delatarse.

—Sí, es posible en ambos casos que el culpable sea minucioso en la tarea de encubrir su personalidad, doctor. Sé que no les gustaría que ese culpable fuese uno de los pacientes, pero yo no creo que tal cosa desvirtuase los esfuerzos del doctor Malden, ni demostrase que su terapia es errónea. Cuando se maneja material humano, todo puede suceder. Incluso que los métodos que triunfaron con diez mil personas fracasasen con una sola. Eso no demostraría nada, sino que esa solitaria persona es distinta a las demás. Pero los diez mil casos son los que pesarían en la balanza final...

—Clínicamente, es posible que sí —aceptó Stacey—. Todos estamos dispuestos a aceptar el acierto profesional y humano del

doctor Malden. Pero los competidores, los envidiosos, la voz popular, la maledicencia de las gentes... Todo eso solamente necesita un fracaso. Uno solo, comisario... y todo lo demás no significa nada para ellos.

—Yo que usted no me preocuparía de ese aspecto de la cuestión —rechazó enfáticamente el comisario, moviéndose hacia el edificio de la residencia—. Lo importante es localizar ahora esa maldita máquina de escribir, que según el señor McGuire, el comerciante de la población, es una «Remington» modelo 1950, para oficina. ¿Le dice algo tal cosa?

—Una «Remington» de oficina de 1950... —reflexionó Stacey. Luego sacudió negativamente la cabeza—. No, no me dice nada en absoluto, comisario.

—McGuire es un experto en máquinas de escribir, en tipos de letra, modelos y estilos. Pero de cualquier modo, tampoco he querido fiarme exclusivamente de él. He enviado las copias de las misivas mecanografiadas al mismo laboratorio federal de Trenton. Dios quiera que eso resulte.

—Puede que haya alguna máquina de ese tipo y marca en el edificio. Pero yo no la recuerdo, Hunter.

—La buscaremos —refunfuñó el comisario—. De cualquier modo, las copias hechas con todas las máquinas de ustedes nos dan resultado negativo. No corresponde a ninguna de ellas el tipo de letra ni los leves defectos de las letras «R» y «G» de los tipos.

—¿Y la de la señora Welk?

—En absoluto. Es una portátil moderna, que nada tiene que ver con esa otra letra. ¿Tienen algún sitio donde hayan dejado por inútil alguna máquina?

—El desván, comisario. Dice Malden que allí hay viejas máquinas de escribir. Pero si alguien subiera al desván a teclear con una máquina de escribir, modelo de oficina, veo difícil que pudiese manejarla sin despertar la alarma. El sonido del tecleo sería percibido por alguien...

—Sí, he pensado en ello —aceptó Stacey—. Y he llegado a una conclusión.

—¿Cuál, Hunter?

—Que el autor de los anónimos, sea quien sea, logró sacar esa máquina del edificio y ocultarla en alguna parte donde, en

determinadas horas, un tecleo no llamaría la atención de nadie, ni sería escuchado fácilmente por los demás... ¿Cree que existe un lugar idóneo para ello en toda la finca?

Glenn Stacey se frotó el mentón, con gesto reflexivo. Luego, se encogió de hombros, tras echar una larga mirada a todos los jardines que les rodeaban.

—No tengo la menor idea —confesó.

Luego, giró la cabeza, al sentir los pasos pesados y macizos de una persona de peso considerable, a lo largo del porche del edificio. También Hunter miró en esa dirección.

—Buenos días, señor Caesar —saludó el comisario jovialmente.

—Buenos días, Earl —refunfuñó Cecil Caesar en tono hosco. Se detuvo, ceñudo, y hundió las manos en los bolsillos, contemplándoles malhumorado. Luego, soltó la andanada por sorpresa—: Acabo de recibirla, comisario... La sexta carta...

CAPÍTULO VI

La sexta carta. Una más.

Esta vez, destinatario Cecil Caesar, el hombre que con su dinero había hecho posible el sueño del doctor Malden. El ex enfermo que destinaba, una vez curado, todo su dinero a la obra terapéutica del hombre que, anteriormente, le había arrancado a él de las garras malignas de la demencia.

—No esperen que vaya a suicidarme ni cosa parecida —rezongó con sarcasmo. Era evidente su malhumor, sin embargo, cuando añadió—: Sólo quiero decirles que ese monstruo de todos los diablos hizo lo posible porque así fuese, maldito sea él y todas sus ideas nefastas...

Extrajo la mano, tirando casi con la fuerza de un jugador de béisbol la pelota de papel al aire. Stacey manoteó, tomándola en su trayectoria. Hunter se inclinó sobre él para leer aquella carta, la número seis en la siniestra lista del autor de anónimos venenosos.

«Sexta carta.

»Caesar: Un antiguo demente, metido a redentor. Un perfecto estúpido sin cerebro. Sigue estando loco, enfermo de todo su ser. No va a lograr nada con tirar su dinero en esta empresa de insensatos. Todos sus pacientes siguen locos, como usted mismo. Todos van a enloquecer más aún, cuando yo les vaya revelando la verdad que ustedes ocultan.

»¿Qué pretende con su filantropía? ¿Ocultarse a sí

mismo que sigue siendo un enfermo y que jamás se curó realmente ni se curará nunca, por mucho que se sugestione a sí mismo para hacérselo creer, Caesar?

»Vamos, vamos. Entre con los demás, con todos los que, como usted, están locos.

»Un sincero amigo».

—Nauseabundo, como siempre —convino Hunter, preocupado, tomando el papel escrito—. La misma letra, los mismos fallos de los tipos en la «R» y en la «G»... El mismo papel, con el membrete de El Paraíso cuidadosamente cortado... No hay duda de que nuestro adversario es persona metódica, fría, lúcida y sin emociones que le conduzcan al error. Tampoco le afecta la muerte de una persona como Shirl Evans. Sigue su obra adelante. Sigue martilleando, hiriendo..., matando, si hace falta...

—No me va a volver loco nadie, comisario —masculló con un fuerte suspiro Caesar—. Pero evidentemente, lo intenta con mucha sutileza. Brutalmente, me hace ver que mis convicciones pueden ser erróneas, que puedo estar loco aún sin saberlo yo mismo...

—Empieza a vacilar, ¿no? —rió agriamente Stacey—. Vamos, vamos, deje de comentar siquiera el caso. Vea ese escrito como lo que realmente es y significa: una fuente feroz de maldad, de insidia, de cobarde ataque a la voluntad de una persona. Esta vez le tocó a usted. Me pregunto quién será el séptimo. Y el octavo...

—Dios quiera que antes de eso demos con la máquina de escribir y con su autor —siseó Earl Hunter, entornando los ojos, de combativa expresión—. O no podremos prever jamás el daño que llegará a hacer con su obra maléfica ese monstruo de perversidad...

* * *

La doctora Wade leyó el telegrama. Lo pasó luego al doctor Malden, que parecía abstraído en su mesa de trabajo.

—El paciente llega hoy —señaló el texto telegráfico—. Dice ahí que debemos extremar con él nuestros métodos, pues es un caso difícil, aunque aparentemente engañe, por la docilidad de su trato...

—Sí, ya lo leí —asintió el doctor Malden—. Allen Markel es nuestro nuevo cliente, doctora. Dele el alojamiento número once, no la habitación de la señorita Evans. Prefiero que esté cerca de los demás hombres, a tener por vecina a la chismosa y nefasta señora Welk, con sus comentarios... y con su máquina de escribir.

—Sí, doctor —suspiró Nelly Wade—. Por cierto, la señora Welk apenas escribe últimamente...

—¿De veras? —Malden miró con interés a su colega—. ¿Por qué? ¿Le ha preguntado al respecto?

—Le he preguntado, sí. Dice que le asusta un poco la máquina. Cuando escribe, se acuerda del autor de esos anónimos, y pierde incluso el deseo de escribir su novela.

—¿Lo ve, doctora? Es un indicio más... Se va minando la moral de todos. Lenta, pero inexorablemente... Esto ya no es lo que era. Ni sombra de ello. Mi obra se resquebraja, se hunde. Puedo notarlo. Será mejor que vayan abandonando todos el lugar, antes de que las ruinas les caigan encima...

—No hable así, doctor Malden —se irritó ella—. No pueden estar tan mal las cosas, por mucho que se esfuerce alguien en ello. No sé por qué, presiento que nos acercamos al final. Tal vez ese nuevo paciente nos de suerte... y su llegada coincida con algo que termine de una vez por todas con ese monstruo escondido que tenemos aquí...

El doctor Malden sacudió la cabeza, perplejo, indeciso, nada esperanzado en que la corazonada de la doctora Wade tuviera el menor viso de realidad.

Y, sin embargo, ella tuvo razón.

Su corazonada fue cierta. La llegada del nuevo paciente de El Paraíso, el enfermo Allen Markel, coincidió con el final de la historia de unos anónimos crueles y satánicos.

Pero fue el suyo un final espantoso, que abrió las puertas a una realidad aún más horrible que la propia serie de cartas malditas...

* * *

—Allen Markel. Veintinueve años. Soltero. Natural de Dakota del Sur. Residencia habitual, Nueva York, distrito de Manhattan. ¿Correcto?

—Correcto todo, sí —sonrió el interesado—. Todo eso está bien.

—Sea bienvenido a El Paraíso.

—Gracias. Espero que así sea. Me han hablado bien de él. Tengo dinero para pagarme un tratamiento más humano y más digno que el que dan en la mayoría de sanatorios para enfermos mentales. Además, yo no sufro ninguna dolencia mental.

—Por supuesto. Su ficha ya lo indica claramente. Neurosis aguda, con ataques nerviosos no muy frecuentes, y períodos de depresión. Algo muy de nuestro tiempo, señor Markel. Aquí encontrará lo que necesita para su reposo, para una forma de vivir más normal y amable, sin la tensión constante de la vida en otros lugares. Le deseo suerte y confianza en nuestros métodos.

—Gracias, doctor. Pondré cuanto esté de mi parte por ayudarles.

—Allen Markel recorrió con mirada curiosa de sus oscuros y vivos ojos, las oficinas del establecimiento, y allá afuera el centelleo del sol en las aguas de la piscina, el paso de algunos bañistas hacia el lugar, y el frondoso verdor de los amplios jardines, perdiéndose en la distancia. Añadió lentamente el nuevo cliente de El Paraíso—: Admito que no soy un paciente dócil ni fácil de comprender. Tengo reacciones bruscas, a veces violentas, a veces depresivas. Pero no deseo que nadie considere que pueda estar... loco.

—Por Dios, esa palabra no existe aquí ni existió jamás —se echó a reír suavemente el doctor Malden—. Y no es porque nos asuste pronunciarla, sino porque no viene a cuento. Esto es, en realidad un balneario para enfermos de psicosis de la vida actual, de su ajetreo, de sus nervios dañados por el ritmo de la vida moderna... Eso es todo, señor Markel, puede estar seguro de que no le engaño en absoluto.

—Le creo, doctor —sonrió Markel con suavidad—. Personalmente, es usted de esas personas que infunden ánimo a los demás. Espero que todo aquí sea parecido. Me gusta el lugar. En un sitio como éste, nunca puede suceder nada malo, ¿no es cierto, doctor Malden?

El médico hubiera querido que su afirmación fuese rotunda y sincera, pero no le salió una cosa ni otra. Se limitó a contemporizar, evasivo:

—En un sitio como éste, ciertamente, no puede suceder nada malo... —Y mentalmente, sin pronunciar la frase en voz alta, se dijo

a sí mismo—: «Pero sucede; está sucediendo ya...».

Allen Markel tomó su equipaje, para dirigirse al alojamiento que le destinase el doctor Malden. El le entregó una llave con su placa numerada con el once. Le señaló una galería encristalada que corría a lo largo de las oficinas.

—Por allí, señor Markel. Encontrará una escalera que toma dos direcciones. Suba por la izquierda, y hallará su alojamiento. Espero que pronto se encuentre aquí como en su casa...

—Parecerá un chiste, doctor, pero no me gustaría —rió burlonamente Markel, sacudiendo la cabeza—. Mi casa es un horrible lugar, solitario e inhóspito. No tengo familia, y el hogar me pesa terriblemente con su soledad. No, no crea que me agradaría esto, si se pareciese a mi propia casa. Precisamente vengo aquí por todo lo contrario. Por hallar un nuevo hogar...

Sonrió más ampliamente, como divertido, y emprendió la marcha.

En ese mismo momento, apareció la doctora Wade en la puerta, disponiéndose a entrar en la oficina. Markel se detuvo para dejarla pasar. Sus ojos oscuros, bajo el mechón de rebelde cabello castaño, se clavaron en la doctora.

Ella, instintivamente, le miró muy fija, como sorprendida.

Fue como un relámpago, como un trallazo emotivo que la estremeció. No logró quitar sus ojos de los de él, que parecían absorberla hipnóticamente casi.

En ese mismo instante, ante el nuevo y joven paciente, la doctora Wade supo que el más extraño, sorprendente y vivo de los impactos, había hecho súbita mella en su ser, con la fuerza de un centelleo inesperado.

Supo, sin conocer razón alguna, sin razonamiento válido posible, que acababa de enamorarse de aquel desconocido. Enamorarse intensa, violenta, insólitamente.

Y tembló, como fascinada, al tener la extraña impresión interior de que él también podía compartir ese sentimiento...

* * *

—Allen Markel, procedente de Nueva York —suspiró el doctor Stacey, asintiendo—. Sí, es un nuevo compañero, señora Welk.

Lori Welk miró con aire pensativo a su acompañante en la sala de lectura del establecimiento. Se veía muy mejorada a Eileen Conrad, tras su reciente crisis. No muy lejos de ella, siempre solícito y atento con la joven enferma, estaba Lee Baker, que ni siquiera era capaz de leer el libro que tenía abierto entre sus manos nervudas de atleta.

—Dios quiera que venga en buena hora ese Markel —suspiró la señora Welk.

—Le vi pasar antes por ahí fuera —asintió débilmente Eileen Conrad, acomodada en una butaca de tapizado verde suave—. Parece joven. Y guapo.

—Eileen, voy a coger celos —comentó Lee Baker, aunque luego se echó a reír jovialmente—. Pero admito que es un tipo bien parecido, sí. Mientras no te fijas demasiado en él...

—¿Fijarme? —Eileen se encogió de hombros—. La doctora Wade es quien parece aficionada a eso, Lee.

—¿Quién? —se sorprendió Stacey, pestañeando.

—La doctora Nelly Wade, doctor —sonrió Eileen, como un chiquillo travieso que ha descubierto un chismorreo inocente—. La vi seguir a ese muchacho con la mirada, cuando pasó frente al salón. Créame que nunca vi mirar así a ninguna chica... excepto a una actriz, no recuerdo quién, interpretando *Romeo y Julieta*.

—Es usted muy maliciosa, jovencita —reprendió amablemente la señora Welk, dejando de preocuparse por su revista ilustrada—. Pero admito que la doctora Wade parecía impresionada. Es tina buena chica la doctora, créame. Me gustaría que se fijara en alguien, más como hombre que como paciente. Nunca la vi entusiasmarse por cliente alguno, y eso resultaría muy bonito. Se merece encontrar a su media naranja...

—¿En un paciente de este lugar? —se asombró Eileen—. Cielos, no creo que la doctora haga tal cosa.

—¿Por qué no, jovencita? —Se engalló la dama—. ¿Acaso no somos relativamente normales todos nosotros?

—Bueno, no quise decir eso —se ruborizó Eileen—. Es que... no veo a la doctora Wade capaz de enamorarse, en el desempeño de su profesión, de ninguno de sus pacientes, por atractivo que éste pueda ser...

—Yo tampoco —confesó Stacey, sonriente—. Pero quiera Dios

que al fin suceda así. A todos nos encanta la doctora Wade. Y queremos lo mejor para ella. Sólo falta que, realmente, ese joven o cualquier otro, signifiquen de veras lo mejor. Aunque, como dijo la señora Welk, no veo problema alguno en que sean ella y un cliente de El Paraíso quienes lleguen a amarse. Aquí, todos son perfectamente normales, recuerden esto.

—¿Todos? —Eileen hizo un gesto amargo, vacilante, lleno de dudas—. ¿Incluso ese... ese horrible ser que escribe cartas anónimas?

—Eso es diferente. —Stacey encajó con rudeza sus mandíbulas—. No hablamos ahora de la capacidad del ser humano, sano o enfermo, para causar mal a los demás. No es un caso de demencia, sino de crueldad. No es locura sino mala fe, odio y rencor a los demás. Creo que la persona capaz de hacer lo que hace nuestro «sincero amigo» de las cartas, haría cosas mil veces peores en cualquier circunstancia, siempre que estuviera en su mano realizarlas impunemente...

Salió Stacey de la sala de lectura, después de hablar con aquella energía. Lee Baker se aproximó dulcemente a Eileen, que había quedado en silencio.

—Vale más que no pienses siempre en todo eso, Eileen —le aconsejó él—. Resulta todo una tortura inútil y perjudicial. No sólo para ti, sino para todos nosotros, que odiamos con igual intensidad a ese monstruo desconocido, que él nos odia a nosotros.

—El... o ella —suspiró repentinamente la señora Welk, poniéndose en pie con cansancio. Los dos jóvenes la miraron con viveza—. Recuerden que no se puede concretar sexo, pero por la perfidia puesta de manifiesto por el autor de esos anónimos... yo incluso podría jurar que es una mujer... Ahora, jovencitos, les dejo. Voy a descansar un poco arriba...

—Buenas tardes, señora Welk —se despidió Eileen cariñosamente—. Creo que yo también voy a hacer la misma cosa en breve... Me siento cansada ya, y el doctor Malden me aconsejó mucho reposo en estos días...

La señora Welk salió de la biblioteca. Poco después, lo hacía también Eileen, camino de su alojamiento también. Lee Baker, tras despedirse de ella, salió pensativo a los jardines. Caminó hacia la piscina y sus altos setos alrededor.

Pasó de largo ante ella por su lado norte, para regresar, poco después, en lento paseo, por la zona sur. Vio a varios pacientes bañándose apaciblemente en sus aguas de color muy azul. Entre ellos, al nuevo cliente, aún desconocido virtualmente para él.

—Buenas tardes —saludó Baker, deteniéndose.

El joven alzó la cabeza. Estaba sentado en bañador, al filo mismo de la piscina. Miró con curiosidad al otro hombre joven y atlético que se erguía junto a él.

—Buenas tardes —contestó.

—Mi nombre es Lee Baker —le tendió la mano a su interlocutor.

—Encantado, Baker. Yo me llamo Allen Markel —estrecho la mano que se le tendía—. ¿Cliente de este lugar también? ¿O médico acaso?

—No, no —rió Baker—. Cliente tan sólo. ¿Tengo aspecto de médico tal vez?

—Podría serlo —confesó ambigualmente Markel, encogiéndose de hombros.

—Cielos, no. Por muy formal que uno parezca... es un paciente.

—¿Por qué dijo eso? —Le escudriñó con sus ojos oscuros repentinamente serios y tan penetrantes que Baker retiró su mirada—. Creo que aquí todos somos normales. Hemos de partir de esa base forzosamente, si queremos ser realmente personas capaces de enfrentarnos con nuestros problemas, Baker.

—Me gustaría tener su optimismo, Markel.

—Pues es un error no tenerlo, porque la vida debe verse con optimismo, incluso cuando uno está enfermo. Enfermo, ¿entiende? Eso es lo único que nos ocurre. Hay quien pierde una pierna o un brazo en un accidente. Hay otros que sufren del corazón o del hígado, o bien del estómago. Nosotros tenemos algo que no marcha del todo bien. En nuestro cerebro, en nuestros nervios, no sé. Por ello no debemos destrozarnos pensando que nos sucede lo peor del mundo. Tenemos cura, evidentemente. Y estamos aquí para curarnos, no para lamentarnos y compadecernos a nosotros mismos.

Lee Baker miró estupefacto a su interlocutor. Luego, meneó con fuerza su cabeza.

—Sinceramente, amigo —manifestó con energía—. Usted es un tipo capaz de persuadir a cualquiera... Y eso está haciendo mucha falta aquí, créame.

En ese momento, apareció Earl Hunter, el comisario, al lado opuesto de la piscina. Venía con expresión alterada, revueltos sus rubios cabellos. Al sentir sus pisadas firmes, ambos hombres alzaron la cabeza y le miraron.

—Disculpen —habló Hunter—. ¿Saben dónde está el doctor Malden?

—Hace rato, estaba en su oficina, comisario —respondió Baker—. ¿Ocurre algo?

—Creo que sí... —afirmó con energía el representante de la ley en el condado de Mercer—. Usted podría ayudarme, amigo Baker.

—¿Yo? —se sorprendió el joven amigo de Eileen.

—Sí, usted. ¿Sabe si hay algún lugar determinado por esa parte? —señaló tras los altos setos—. Algún cobertizo, algún lugar recoleto, difícil de encontrar.

—No sé, no caigo ahora... ¿Por qué pregunta eso, Hunter?

—Porque acabo de escuchar un tecleo de máquina de escribir, Baker... Un tecleo de máquina fuerte, pesada...

—¿Qué? —se exaltó Baker, palideciendo—. ¿Dónde?

—Entre esos setos laberínticos. Pero no encuentro nada... y hasta creo que cuando busco, me alejo del sonido.

Baker corrió adonde estaba él, y aguzó el oído. Curiosamente, Markel se arrojó a la piscina y la cruzó con rápida, elástica brazada, emergiendo al lado opuesto, junto a Hunter, que escuchaba atentamente, lo mismo que Baker.

—No percibo nada, comisario —confesó Lee Baker—. Y yo no soy sordo.

—No, tiene usted razón —suspiró el comisario—. Ya no se oye nada... Tal vez ni siquiera existió ese ruido. Creo que empiezo a estar obsesionado...

—Eh, espere, comisario —recordó Baker, dándose una palmada en la frente—. Ya recuerdo algo...

—¿Qué recuerda usted? —se interesó vivamente Hunter, buscándole con su mirada.

—El cenador... Sí, eso es. El cenador.

—¿El cenador?

—Eileen y yo hemos ido a veces hasta allá. Hay un cenador, pasado el laberinto de setos y el canalillo con su pequeño puente... Un cenador cubierto, muy pintoresco. Debajo de su plataforma, creo

que hay un trastero donde guardan las sillas y mesas del verano, los toldos y todo eso...

—¡Vamos, vengan conmigo! —aulló Hunter, echando a correr vivamente—. ¡Enséñeme ese lugar, Baker...!

Ya se lanzaba el comisario en veloz carrera. Baker, tras una vacilación, le siguió. Allen Markel, con su bañador mojado, se lanzó también tras ellos.

CAPÍTULO VII

El cenador estaba allí. Baker lo señaló, sin necesidad alguna.

—Ése es, comisario.

Hunter contempló el circular cobertizo de gracioso tejadillo en pico, la barandilla metálica que lo circundaba, sus escalones de piedra hasta el mismo...

Debajo, en la edificación de su base, una puertecilla metálica aparecía visible, tras unos matorrales. Pero no demasiado visible.

—Tampoco aquí se oye nada —comentó Markel, pensativo.

Hunter le miró, ceñudo. Parecía preguntarse quién era el joven, pero no lo preguntó siquiera, evidentemente preocupado por cuestiones más serias y apremiantes.

—Ese tecleo debió existir —sostuvo Hunter, irritado—. Aunque maldito si sé si sólo en mi cabezota... Baker, ¿sabe usted quién tiene llaves de ese lugar?

—¿Llaves? No hacen falta —rechazó el joven atleta—. A veces nos ha sorprendido aquí una lluvia torrencial. Hemos subido al cenador, pero igual podíamos habernos escondido debajo, en el almacén. La puerta siempre está abierta.

—Diablo, ¿y a qué espero yo entonces? —farfulló el comisario, moviéndose con celeridad hacia la puerta metálica de abajo.

Empujó aquella hoja de hierro ligeramente oxidado. Chirrió como si fuese el acceso a un castillo embrujado. Baker y Markel no se apartaban de Hunter, dispuestos a llegar adonde llegara el propio comisario, sin dar un solo paso atrás.

Hunter fue el primero en entrar bajo el cenador. Extrajo de un bolsillo de su amplia cazadora de ante, una lámpara de bolsillo, con la que iluminó el interior.

Se movieron entre un laberinto de sillas y mesas de metal, toldos

y quitasoles, cajas y objetos en desuso. La luz de la lámpara del comisario, reveló la presencia de una mesa, algo más al interior. Una mesa con una máquina de escribir de pesado aspecto, encima de ella. Y en el rodillo de la máquina, asomaba la nota blanca de una hoja de papel...

—Ahí —dijo roncamente Baker—. Es ahí, comisario...

—Y hay, ciertamente, una máquina de escribir... —asintió Markel.

Avanzó Hunter, decidido. La luz de su lámpara cayó sobre la máquina de escribir.

Luego, sobre la silla metálica situada ante ella. Y sobre la persona allí sentada.

Baker emitió un largo, agudo grito de horror. Allen Markel no se movió, con su mirada fija en el ser sentado en aquella silla, frente a la máquina de escribir.

No hacía falta ninguna experiencia en el asunto, para saber que se hallaban ante un cadáver. La cabeza caía a un lado, apoyándose, como todo el cuerpo, en unas cajas de madera inmediatas, con polvorientas botellas de cerveza, ya vacías.

La sangre formaba una mancha horrible y roja en su cabeza, en su rostro, y había corrido hasta la propia máquina, formando un charco viscoso en la mesa.

Tenía el cráneo hundido en su parte superior. Markel descubrió, en el suelo, junto a la persona muerta, una barra herrumbrosa de metal... cubierta enteramente de sangre.

—Será mejor que salga fuera, Baker —jadeó Hunter, muy pálido—. Y usted también...

Baker seguía allí, demudado, crispada la expresión, desorbitados sus ojos con un brillo vidrioso. Parecía incapaz incluso de gritar otra vez o de pronunciar palabra alguna.

—¿Conocen a esa mujer, comisario? —preguntó Allen Markel con voz tensa.

—¿Conocerla? Cielos, claro que sí... —Miró los cabellos bañados en sangre, el rostro horriblemente deforme de la mujer sentada ante la máquina de escribir. Y añadió Hunter, con un hilo de voz—: Es Eileen Conrad, una paciente del doctor Malden...

—Parece que la asesinaron, comisario.

—Sí, eso parece... Alguien asesinó a la autora de las cartas...

Era como una losa de plomo sobre todos.

Una losa de silencio, de angustia, de incertidumbre, de asombro. Y, en el fondo, también, una extraña opresión que también era como de alivio, como de respiro.

—Eileen... La dulce Eileen Conrad, la muchacha que pareció más impresionada por el anónimo recibido aparte el suicidio de Shirl... Y era ella... Ella misma quien...

Malden no terminó su frase. Meneó la cabeza, estupefacto, y agachó la mirada hacia el suelo, como si allí buscara una imposible explicación a tanto contrasentido.

La doctora Wade desvió su mirada profunda e inquieta del rostro inexpresivo, tenso, del nuevo paciente, Allen Markel, para fijar al fin sus ojos en el comisario Hunter, que deambulaba de un sitio para otro, inquieto y taciturno.

—¿Era ella la autora, comisario? —inquirió Nelly Wade—. ¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas, sí —afirmó Hunter—. Todo coincide. Ella conocía este lugar, por haber venido con Baker a veces... La máquina es la «Remington» de 1950 que andábamos buscando. Y la postura en la silla, las manchas de tinta en los dedos, que coinciden con algunas manchas de igual forma en las viejas teclas... Es evidente que ella escribió esas cartas.

—La señora Welk acertó —gemía en un rincón el demudado Lee Baker—. Mi buena, mi amable y bella Eileen... Yo, que había llegado a pensar en... en...

Un sollozo quebró su voz. Pero no hacía falta que dijera lo que había pensado respecto a Eileen. El sentido de la frase era evidente. Ahora, todo había terminado ya.

—Eileen era la autora de las cartas, sí —terció Stacey sombrío—. Pero ¿quién es el autor de su muerte?

Hunter se encogió de hombros, echando una ojeada a la barra de hierro que yacía a sus pies, tinta en el escarlata oscuro de la sangre. Se frotó el mentón, explicando pausado:

—Alguien la sorprendió aquí escribiendo. Yo había percibido hasta muy poco antes el tecleo de la vieja máquina... De modo que el criminal, quienquiera que fuese, obró en el período de tiempo en

que yo andaba tratando de localizar el origen de esos sonidos. Cuando llegamos, la herida aún sangraba. La muerte fue muy poco antes de llegar nosotros al cenador.

—El odio que ella desató... terminó por aniquilarla —dijo roncamente Malden—. Qué infortunada criatura...

—La señora Welk observó algo respecto a la malicia con que Eileen comentó ciertas cosas —señaló Stacey—. Recordando su modo de ser exacto, no puede sorprendernos ahora saber que ella era la culpable de todos esos horribles textos. Nadie desconfiaba tampoco de ella. Pudo entrar en las oficinas normalmente, revisar los archivos, tomar nota de todo... Ella era, entre todos, la menos sospechosa.

—El caso terminó —dijo sombríamente la doctora Wade—. Y se abre otro caso aún más horrible. ¿Quién de este lugar sorprendió a Eileen antes de que el comisario diera con ella... y asestó el golpe en su cráneo, asesinándola ahí mismo, ante su máquina de escribir?

—Me temo que, por el momento, ése es un interrogante sin respuesta, doctora —señaló el comisario, ceñudo—. Pero de cualquier modo, el caso escapa ya a mis limitadas posibilidades. El FBI ha de ser informado oficialmente de esto. Esperemos que envíe en breve a un agente suyo, para investigar el misterio que se abre con la muerte de Eileen Conrad... a menos que alguien de El Paraíso se confiese autor del homicidio y ello de por terminado tan enojoso asunto.

Hubo un silencio expectante. Fuera, en el jardín, se agrupaban los clientes del doctor Malden. A todos llegó la voz firme de Hunter, pero nadie hizo la menor acción de confesar nada. Otra cosa hubiera sorprendido sin duda a todos, incluido el propio comisario... Se limitaron a cruzarse miradas recelosas, cargadas de dudas, de mutuas sospechas, de horribles incertidumbres.

—Seis cartas había escrito ya Eileen, bajo ese pseudónimo odioso de «un amigo sincero» —recordó lentamente Stacey—. Y cuando iniciaba su séptima carta, muere asesinada por alguien que descubre, súbitamente, y quizá de forma imprevista, la identidad de la autora de esas cartas. Termina así el misterio de los anónimos, y empieza el de un horrible y sangriento crimen... Dios mío, creo que, realmente, un espíritu maléfico se ha alojado en El Paraíso recientemente. Y todos estamos sufriendo la consecuencia de sus

actos perversos.

—No hubo nunca más espíritu maligno que ella —señaló Malden a la joven—. Estaba enferma, muy enferma. Yo siempre tuve fe en que sanase, pero tenía mis reservas al respecto. Eileen era una muchacha extraña, amargada por raros resentimientos, a pesar de que jamás le faltó nada. El odio extraño a sus tíos, de quienes aseguraba que era víctima, determinó luego un odio extendido a todos los demás que la rodeaban. En el fondo, la manía persecutoria continuaba. Y su modo de luchar contra ella, por desvíos de su mente enferma, estaba ahora en la creación de esos espantosos textos corrosivos. Dios la haya perdonado... Lo peor es que su obra despertó instintos de odio e incluso de ferocidad en otros seres. Ahora, señores, mal que nos pese, y por desagradable que sea la cuestión... parece ser que los principales sospechosos de ese crimen debemos centrarlos en cuatro personas.

—¿Cuatro? —se sorprendió Stacey, volviéndose a su jefe.

—Sí, doctor. Seis personas recibieron las cartas anónimas de Eileen. Bien; una de ellas puso fin a su vida, la pobre Shirl Evans. Quedan cinco destinatarios con vida. Cinco personas atacadas por la mujer muerta. Danny Tyler, Hugh Dunnock, usted mismo, doctor Stacey, y mi socio Cecil Caesar. El otro personaje que recibió una carta era la propia Eileen, que así se creaba su coartada para que nadie sospechara de ella como autora de los anónimos.

—Cuatro sospechosos... —La doctora Wade reveló su sorpresa—. Pero cualquier otro pudo hacerlo también, doctor.

—Cierto —confirmó Hunter—. Todos odiábamos bastante, en nuestro interior, a esa mujer. En este lugar, cualquiera pudo descargar el golpe mortal...

—Parece una idea razonable. Sobre todo, en gentes como nosotros —señaló la señora Welk desde la puerta del cenador—. Nos excitamos fácilmente, doctor, usted lo sabe...

Malden no respondió. De repente, la voz de alguien sonó, desde muy cerca de la máquina de escribir:

—Doctor Malden, tendrá que aumentar su lista de sospechosos en uno más.

Todos se volvieron al que había hablado. Era Allen Markel, el nuevo. Estaba inclinado sobre la máquina de escribir, examinando algo con atención. Algo a lo que nadie había hecho caso hasta

entonces.

La hoja de papel inserta en el rodillo de la máquina de escribir de Eileen Conrad.

—¿Eh? —estalló la voz de John Malden—. ¿Qué dice usted, Markel?

—Eileen Conrad fue sorprendida por su asesino cuando escribía otra carta —explicó Markel, mientras Hunter, sorprendido, avanzaba rápidamente hacia él, para mirar aquello que ni siquiera se le había ocurrido examinar, en la excitación del momento—. Una carta incompleta, dirigida a otra persona.

—¿A... quién? —susurró Stacey, con un escalofrío—. ¿Dice ahí su nombre?

—Sí... —Los ojos oscuros de Markel fueron directamente al rostro levemente pálido, de Nelly Wade—. Aquí dice que va dirigida a... a la doctora Wade.

—Dios mío... —Temblaron los labios de la aludida—. Dios mío... Yo, esta vez...

Hunter asintió, leyendo ceñudo aquel texto incompleto situado en el rodillo de la máquina. Luego, perplejo, enarcó las cejas y cruzó una mirada con Markel. El nuevo paciente del doctor Malden sonrió, asintiendo.

—Sí, comisario. Ya he visto antes ese detalle... —Se volvió a los presentes, muy en especial a Malden—. ¿Dicen ustedes que ella escribió seis cartas en total, incluida la dirigida a sí misma?

—Eso es. Seis cartas. ¿Por qué pregunta eso, Markel?

—Es curioso. Aquí, en el encabezamiento de la carta incompleta, dice textualmente: «Octava carta»... O ella llevaba mal la cuenta... o se ha perdido la séptima carta.

* * *

—La séptima carta... ¿Dónde puede estar?

Nadie parecía capaz de contestar a eso. En la oficina del doctor Malden, mientras la ambulancia ululaba, llevándose dentro el cuerpo de Eileen Conrad, para su autopsia, siguió un silencio meditativo a la pregunta que se hacía a sí mismo el doctor Stacey.

Malden, la doctora Wade, el comisario Hunter y el nuevo cliente del establecimiento psiquiátrico, Allen Markel, permanecieron en

silencio. Luego, fue Hunter quien, aproximándose a Markel, le estudió con interés.

—Usted es muy observador, amigo —señaló.

—Sí, me gusta observarlo todo —se encogió de hombros Markel, con indiferencia—. Además, era un detalle muy ostensible, comisario. Estaba escribiendo su octava carta. Ustedes hablaban de seis misivas. Faltaba una.

—No creo que ella se confundiera. No en eso, ciertamente —rechazó la doctora Wade—. No hay duda de que escribió una séptima carta.

—Pero nadie la ha recibido hasta ahora —observó Malden, pensativo.

Allen Markel se volvió hacia él, con un gesto de astucia.

—O nadie lo ha dicho hasta ahora —replicó suavemente.

Se ganó una ojeada sorprendida de Malden, que terminó afirmando con la cabeza.

—Muy cierto —convino—. Sí, eso puede ser también una explicación. Pero ¿por qué no decirlo? Hasta ahora, todos lo hicieron.

—Tal vez no le dio tiempo material a quienquiera que fuese —señaló la doctora Wade.

—Exacto. Y ahora, tras lo ocurrido, ese alguien no quiere mezclarse en el asunto, sabiendo que le haría sospechoso. Uno más en su lista, doctor Malden...

—Ocultarlo es aún más sospechoso y puede complicar seriamente al destinatario de esa hipotética carta, Markel.

—No, si ese alguien destruye el anónimo. En ese caso, sería un secreto que sólo conocerían la autora del anónimo y el destinatario. Muerta Eileen... nadie más que el interesado lo sabría.

—Eso tiene sentido —aceptó Stacey.

—Dejemos las teorías a un lado —atajó abruptamente Hunter. Señaló con el dedo a la doctora—. Usted, doctora Wade, era la destinada a recibir la octava carta, que es de la que tenemos constancia formal, aunque incompleta. ¿Es cierto lo que dice ahí, en la primera parte del texto?

La doctora Wade miró la máquina de escribir, situada cuidadosamente en una mesa del despacho de Malden. Aún tenía el papel en su rodillo. Y el texto en mayúsculas, sobre la hoja sin

terminar:

«Octava carta.

»Le toca su turno, doctora Nelly Wade. Usted no iba a quedarse al margen de todo esto.

Es una mala mujer. Un ser despreciable. Su anterior trabajo, en el Hospital de Berkeley, estuvo plagado de errores, dejó morir a un paciente, ¿recuerda? Y no sólo eso, sino que...».

Ahí terminaba el texto. La doctora Nelly Wade sentía fija en ella la ardiente, extraña mirada del nuevo, de Allen Markel. Eso le producía un estremecimiento repetido, un tremendo desasosiego.

Y ese desasosiego continuó, cuando ella dijo lenta, serenamente, con un valor realmente admirable:

—Lo siento mucho, señores... pero sí, es cierto.

Nadie hizo comentario alguno. Nadie despegó los labios. Pero todas las miradas estaban fijas en ella, en la doctora Wade.

Ésta, tras una honda inspiración de aire, continuó, pálida pero dueña de sus nervios:

—No tengo nada de qué avergonzarme. No sé qué otras vilezas hubieran sido dictadas ahí por la mente enferma de la pobre mujer a quien hemos visto muerta. Pero, ciertamente, tuve la culpa de que muriese un paciente. Fue un error humano, disculpable. Llevaba varias noches sin conciliar el sueño, en graves y urgentes casos, cuando me quedé cuidando de un enfermo mental. Mis instrucciones eran de vigilar estrechamente. No había otra doctora que pudiera ocuparse de esa tarea, y la quise realizar honrada y fielmente. No pude. Me venció el cansancio, el sueño, la fatiga... Y cometí mi más terrible error: dormirme.

—Eso no es culpa de nadie, doctora —la calmó sonriente el doctor Malden.

—Nunca debí dejarme vencer, sin embargo. No tuve la voluntad suficiente. Me adormecí por pereza, y ya no desperté. No desperté hasta que era demasiado tarde... y mi paciente yacía en el cemento del patio, tras haberse arrojado por la angosta ventana de su cuarto

de aseo, ya que la otra estaba enrejada. Se mató, sí. Yo tuve la culpa... Pero eso no creo que me convierta en un ser despreciable...

—El doctor Malden dijo la verdad, doctora Wade —corroboró Markel—. Usted no es responsable de nada. Nadie pudo culparla por una cosa tan humana como dejarse vencer por el sueño y el cansancio...

—Aun así, jamás me perdonaré aquel error. Un médico no puede confiarse jamás. Jamás...

—Ya sabemos los motivos de esa octava carta —suspiró Stacey, meneando la cabeza—. Ni usted ni yo nos libramos del veneno, doctora. Legalmente, no somos responsables de nada. Pero ambos sabemos que, moralmente, cometimos esos errores que nos hicieron aparecer como personas irresponsables ante nuestros colegas. Lo que no me explico es cómo esa mujer pudo acumular tantos datos sobre todos nosotros...

—Los expedientes estaban ahí, a su alcance. Pudo ser de esa forma. O tal vez Eileen era de las personas que gustaban de conservar recortes de periódicos, noticias sobre las personas, datos que luego evocaba, arrojando fango al rostro de quienes ya casi habían olvidado sus fallos humanos y comprensibles —señaló pensativo el comisario Hunter.

—Tal vez fuera así —convino Malden—. Además, en nuestro establecimiento hay una bien surtida biblioteca, una amplia colección de viejos periódicos, de revistas y publicaciones en nuestra hemeroteca... Eileen era aficionada a leer, lo recuerdo bien.

—Y especialmente, diarios antiguos —confirmó Stacey vivamente—. La vi a veces buscando en volúmenes de periódicos muy atrasados... Incluso un día comentó que siempre era atractivo bucear en el pasado, encontrarse con cosas olvidadas. Tan olvidadas, que a veces hasta la persona interesada lo había llegado a borrar de su memoria...

Se detuvo. Miró a los demás. En todos los rostros descubrió la misma expresión de inteligencia. Todos se daban cuenta de que sus palabras no hacían sino corroborar lo que se había sugerido poco antes. Eileen era insaciable en su curiosidad por saber. Pero por saber cosas de la gente, secretos de los demás tal vez...

La confirmación de los indicios continuaba. Sin lugar a dudas, podía afirmarse que Eileen Conrad fue la autora de todos los

anónimos escritos allí dentro. Pero ¿quién había terminado con la vida de la venenosa mujer?

Quizá esa respuesta no llegaría nunca. En muchos de los rostros allí presentes se leía ese temor, esa inquietud. Antes, había un autor de anónimos venenosos y crueles, dentro de El Paraíso.

Ahora, había algo más grave aún, un asesino.

El misterio se hacía más siniestro y más profundo, ahora que debería haberse resuelto todo, con el desenmascaramiento de la autora de los textos corrosivos.

Y, como un hecho incongruente más, como un nuevo dato incompleto y oscuro, estaba aquel indicio que la agudeza visual de Allen Markel había señalado poco antes.

Faltaba una carta entre la sexta y la octava.

¿Dónde estaba esa carta?

Y, sobre todo... ¿quién era su destinatario?

CAPÍTULO VIII

Hugh Dunnock miró a ambos lados del corredor. Luego, se aproximó a la puerta número once. Golpeó suavemente con los nudillos en ella.

Se abrió la puerta. En su umbral, apareció Allen Markel. Contempló duramente al hombrecillo.

—Hola —saludó Dunnock, humedeciéndose los labios repetidamente con su lengua, amarillenta por el tabaco.

—Hola —respondió, seco, Markel—. ¿Desea algo?

—Soy su compañero Dunnock. Hugh Dunnock. Tengo mi habitación ahí enfrente. Es la seis...

—Bien. Mucho gusto, Dunnock. Celebro conocerle. Ahora, permítame. Estoy arreglando mis cosas y...

—¿Puedo entrar? —Silabeó Dunnock—. Quisiera hablar con usted... a solas.

—¿Conmigo? ¿Por qué razón? No nos conocemos aún, Dunnock.

—Eso es lo que usted supone, Markel. Yo sí le conozco a usted.

—¿De veras?

—Claro que le conozco. A mí nunca se me olvida un rostro. Soy un gran fisonomista, ¿no lo sabía?

—No, no lo sabía. Pero alguien me dijo que le gusta chismorrear. Conmigo no hará buenas migas. No me gusta el cotilleo, Dunnock. Ahora, voy a hacer mis cosas. Ya nos veremos.

—¡Espere! —masculló Dunnock, apoyando un pie en la puerta para evitar que Markel la cerrase—. No se vaya aún. Déjeme pasar. Es importante para usted...

—¿Para mí? No le entiendo, Dunnock —le miró irritado—. Pero si quiere hablar, hágalo aquí y pronto. Empieza a cansarme usted. Además, no me gusta que me sujeten la puerta cuando voy a

cerrarla.

—Markel, yo sé quién es usted. No sé si se llamaba así entonces, pero sé dónde le vi y por qué.

—Algo parecido ya lo dijo antes —bostezó Markel—. ¿Es todo?

—No. No es todo. Usted entonces no era un chiflado. Ni un tipo cualquiera. Era un policía.

Hubo un corto silencio, Markel entornó los ojos, estudiando curiosamente a su interlocutor. Luego, de repente, se encogió de hombros y soltó una risa breve.

—Usted no tiene la menor idea de lo que dice —comentó—. No fui jamás policía. Ni me gustaría serlo.

—No me desorientará, Markel. Era policía. Un federal.

Allen Markel no se inmutó. Una expresión sardónica apareció en su faz. No dejó de sonreír al replicar, con tono cansado:

—Me irrita usted, Dunnock. Si ése es el nuevo chisme que se ha inventado, no creo que tenga éxito ni nadie se lo crea. Pero tratar de convencerme a mí, es todavía más ridículo. ¿Acaso cree usted que estoy completamente loco?

Le dio un seco empujón cuando Dunnock trató de impedir que cerrase la puerta, y el hombrecillo se alejó, tambaleante. Markel cerró luego con un seco portazo. Dunnock se quedó en el pasillo, jurando entre dientes.

—Es un policía —repitió entre dientes—. Estoy seguro...

Y se alejó, rezongando entre dientes con aire malhumorado.

Dentro de su habitación, Allen Markel se quedó serio, pensativo, una vez cerrada la puerta. En sus ojos oscuros brilló una extraña luz. Regresó muy despacio, muy taciturno, al centro de la sala, donde tenía abierta su maleta y se dedicaba a situar sus pertenencias en los lugares adecuados.

* * *

—¿Qué le parece el nuevo cliente?

La doctora Wade se llevó un leve sobresalto. Alzó luego la cabeza y miró, pensativa, a quien le hacía la pregunta.

—No sabría qué decirle, comisario. ¿Por qué me lo pregunta? —Y sintió que algo violento se agitaba dentro de su pecho incontinentemente.

—Oh, por nada. Tenía curiosidad por saber qué impresión sacó usted de él. —Earl Hunter hizo un gesto vacilante—. Parece muy listo.

—Sí, lo parece.

—Es curioso, pero su llegada coincidió con el crimen. En cualquier lugar, se diría que eso es mala fortuna.

—¿Sospecha acaso de él?

—No, no —rió Hunter—. No conocía siquiera a Eileen Conrad, no sabía nada de cuanto sucede aquí... y además, estaba en la piscina cuando yo buscaba el origen de la máquina de escribir. No creo que hubiera tenido tiempo de matar a la mujer y acudir a la piscina, mientras yo me movía por el laberinto. No, no tendría sentido sospechar de él. Pero es un hombre muy extraño...

—Evidentemente, lo es. Extraño, observador, frío y cerebral... Dice su informe clínico que tiene períodos de calma absoluta, junto a otros de profunda depresión y algunos, muy pocos, de violentas crisis nerviosas. Por ahora, parece mantener su primera postura, pese a la violencia con que ha chocado apenas llegó a El Paraíso...

—Doctora, ¿a usted le interesa ese hombre por algún motivo especial?

—No —volvió a sobresaltarse ella ante la viva pregunta de Hunter—. ¿Por qué se le ocurre tal cosa, comisario?

—No sé... —sonrió Hunter—. Yo también soy observador. La he vigilado últimamente. Parece usted turbarse cuando él le habla, o cuando alguien le habla de él... ¿Está... está enamorada de Allen Markel tal vez?

Enrojeció vivamente la doctora. Y su respuesta, tras una pausa, fue tremendamente simple y sincera:

—Sí, comisario. Creo que estoy enamorada de ese desconocido...

Earl Hunter no dijo nada. Asintió con la cabeza, pensativo, como si semejante idea ya hubiera pasado previamente por su cabeza.

* * *

Allen Markel miró a su alrededor, cauteloso.

Luego, se movió pegado al seto. Cruzó rápido hasta el cenador, que proyectaba su sombra, recortado por la casi nublada luna creciente. Se adhirió materialmente al muro circular de piedra, no

lejos de la puertecilla metálica. Contenía incluso el aliento. Las suelas de su calzado, de suave y flexible goma, no producían el más leve ruido al pisar.

Escudriñó los jardines, silenciosos y desiertos a su alrededor. Luego, se movió, convencido de que nadie le vigilaba. Alcanzó la puerta metálica. Continuaba abierta. Después de evacuar el cadáver de la pelirroja Eileen y de retirar la máquina de escribir y la barra de hierro que sirvió a alguien para hundir el cráneo de la mujer, no tenía objeto cerrar el almacén. Siempre había estado abierto, y ahora ya no parecía haber motivo alguno para alterar esa costumbre.

Allen Markel respiró hondo. Empujó, muy despacio, la puerta de metal. No pudo evitar su tenue chirrido. Pero cedió, que era lo importante. Cedió, poco a poco, hasta dejar una rendija, la precisa para entrar. Markel no quería más. Pasó rápido por ella. Se internó en el almacén oscuro.

Su mano asomó provista de una lámpara de bolsito, pero increíblemente pequeña. Emitió un simple hilo recto de luz, con el que fue recorriendo el enjambre de sillas y mesas de metal, como abandonada chatarra herrumbrosa. Allí, al fondo descubrió el claro donde estuviera la mesa con la máquina de escribir de anticuado modelo de oficina. Y la silla. Y Eileen Conrad...

Su luz hizo resaltar la mancha oscura de la sangre en el pavimento. Pasó más allá, a otras sillas metálicas y objetos diversos, a las cajas de cervezas vacías, en cuyas polvorientas botellas se veían salpicaduras oscuras, de la sangre de la víctima...

Tampoco aquello interesaba a la luz manejada por Markel. Siguió más y más en círculo, hasta detenerse justamente al lado de la hilera de cajas de madera con botellas vacías.

El chorro diminuto de luz, cayó sobre una mancha blanca, redonda, como una pelotita incrustada entre dos cajas de una segunda hilera. Markel apretó los labios, con un brillo de excitación en sus ojos.

Había visto esa mancha blanca la primera vez. Y deseó que nadie más la observase. Así había sido. Ni siquiera en la revisión policial del lugar, dirigida por Earl Hunter, habían llegado los agentes locales a descubrir aquel objeto diminuto. Un objeto que Markel sabía bien lo que era, desde un principio. Un objeto que

podía significar mucho. O no representar absolutamente nada.

Era un papel rugoso. Una bola de papel blanco. De un blanco similar al utilizado por Eileen Conrad en sus anónimos...

Se acercó más. Y más. La luz reveló detalles. Era el mismo papel. Incluso descubrió el corte, allí donde estuviera el membrete de El Paraíso. Se inclinó y tomó el objeto.

Estaba muy arrugado, hecho una bolita. Lo extendió, con leves crujidos del papel. Se mantuvo sereno, frío. Pero era difícil, descubriendo, como acababa de descubrir, la existencia de letras mayúsculas, alineadas en su interior.

Letras que empezaban con unas frases significativas. Desgraciadamente, incompletas.

Se inclinó sobre el texto. Leyó lentamente.

Aún estaba leyendo, a la luz de su diminuta lámpara, cuando la voz sonó tras él, ronca pero amenazadora:

—Será mejor que no se mueva ni intente nada, Allen Markel. Vuélvase despacio. Tengo un arma. Y no vacilaré en utilizarla contra usted...

Se volvió. Muy lentamente. No intentó nada. Entre otras cosas, porque sabía que era muy posible que todo fuese como decía la voz.

Encontróse con la persona cuya voz ya había identificado antes.

—Hola, doctora Wade —saludó fríamente Markel.

* * *

Reinó un silencio prolongado, tenso.

Los dos se contemplaron fría, hostilmente incluso. El rostro de Markel no revelaba emoción alguna. El de la doctora Wade, tras la ominosa presencia, oscura y pavonada, de su automática, expresó inquietud, aprensión, incluso miedo.

—Espero que pueda explicar usted esto de alguna forma, Markel —habló ella con sequedad, rompiendo el silencio.

—Es posible que pueda hacerlo, sí —convino él, con un suspiro.

—Va a ser difícil, ¿no cree? —Había cierta dura ironía en el tono de ella.

—Depende de su grado de credulidad, doctora —y hasta inició lo que podía ser una sonrisa, en sus labios tensos y poco expresivos.

—¡Basta! —cortó la doctora Wade, tajante—. No estoy aquí para

bromear. Un crimen es algo muy serio.

—¿Uno... o dos? —objetó él, suave y agudamente.

—¿Dos? Solamente una persona ha sido asesinada aquí: Eileen Conrad.

—Yo diría que también Shirl Evans fue empujada a morir. Se mató, envenenada por esas horribles misivas. Empujar a alguien a un suicidio, es un modo como otro cualquiera de quitar una vida humana deliberadamente. E incluso con suma crueldad, doctora.

—Allen Markel, usted es un hombre raro.

—Evidente. Todos los que venimos a El Paraíso tenemos que ser raros por alguna causa. Éste no es un sitio normal, pese a que ustedes traten de darle esa apariencia casi de un modo desesperado.

—Yo me estoy preguntando si es usted un paciente normal, Markel.

—La normalidad aquí es algo muy discutible —rió entre dientes Markel—. Si fuéramos normales, no estaríamos en el establecimiento del doctor Malden, eso es evidente.

—Es evidente, sí —convino ella, acerada la voz—. Pero usted, desde que ha llegado, se comporta extrañamente. Se fija en todos los detalles, lo observa todo, parece más un... un policía que un paciente.

—Un policía —ahora sí rió él suave y largamente—. Eso tiene gracia, doctora Wade.

—No tiene ninguna gracia. Porque como no es un policía, evidentemente, resulta extraña su conducta.

—Le aseguro que no escribí esos anónimos, si a ello se refiere.

—Ya lo sé. No tuvo ocasión, ni siquiera estaba aquí cuando eso sucedió. Pero ahora, alguien ha matado a la autora de los anónimos, a Eileen Conrad. Ese alguien pudo ser usted.

—¿No oyó al comisario Hunter? Es un policía bastante torpe y provinciano, pero acertó en algo. Mientras estaban matando a la autora de esas cartas, yo me hallaba en otro lugar, a suficiente distancia como para no disponer de tiempo material de cometer el delito.

—¿Por qué está ahora aquí, entonces? Hay una vieja teoría que afirma que el criminal, vuelve siempre al lugar de su delito.

—Son teorías —se encogió de hombros Markel. Luego, la miró burlón—. Por cierto, doctora. Usted también ha venido aquí esta

noche. ¿Quién sorprendió a quién?

—Es irritante, Markel. He venido siguiéndole.

—¿De veras?

—Estoy armada —agitó la automática—. Y vigilo el establecimiento.

—Sí, ya lo veo. No queda muy bien el conjunto. Una joven y atractiva doctora que cuida de chiflados ricos... empuñando una pistolita de juguete, pero que a esta distancia puede matar lo mismo que una cuarenta y cinco.

—Las circunstancias obligan, Markel, y usted lo sabe. Un asesino anda suelto por El Paraíso. No se puede vivir confiado. Todos vamos armados ahora.

—Es peligroso, doctora. ¿Pensó en la posibilidad de que uno de ustedes, un médico cualquiera, pudo ser el destinatario de la séptima carta, y entonces ser culpable del asesinato de Eileen Conrad?

—Sí, pensé ya en eso —suspiró ella—. Hay que aceptar el riesgo. Es uno más, dentro de este juego.

—Sinistro juego el que tenemos planteado, doctora.

—Déjese de divagar. Sigue sin decirme lo que vino a hacer aquí —le miró con la mano cerrada—. Estaba usted contemplando algo. Quiero verlo.

—Le aseguro que no aclara nada, desgraciadamente.

—Aun así, quiero verlo.

—Bien... —Se encogió de hombros Allen Markel. Abrió la mano, mostrando el papel arrugado—. Es sólo eso. Muy poca cosa, en realidad. Había concebido ciertas esperanzas. Frustradas en gran parte, claro.

—¿Dónde lo encontró?

—Ahí. —Markel señaló el lugar honestamente—. Lo vi cuando examinamos el cadáver. No dije nada, esperando tener ocasión de examinarlo.

—O destruirlo.

—No está destruido. Puede examinarlo.

—¿Qué es, exactamente? —preguntó ella, tomándolo en su mano, sin soltar por ello la automática de su diestra.

—Sencillamente, el fragmento de una carta escrita a máquina —sonrió el enfermo Allen Markel con ironía—. La carta número siete,

doctora Wade...

* * *

La carta número siete.

Era aquélla, ciertamente. Pero incompleta. Desdichadamente incompleta:

«Séptima carta:

»Ya sé que es usted culpable de asesinato. En su vida hay tres muertes violentas. Lo he sabido, porque los delitos, aunque parezcan enterrados, siempre se desentierran un día, sobre todo si se saben buscar...».

Desilusionada, alzó los ojos la doctora Wade, clavándolos en el tranquilo, impávido Markel, que no desviaba de ella sus ojos.

—Está incompleta... —musitó Nelly Wade, con voz amarga.

—Claro. ¿Qué esperaba? Hubiera sido demasiada fortuna, doctora.

—Ni siquiera figura el nombre... o el sexo de la persona a quien se dirige. Es tan ambigua...

—Mucho. Muy ambigua. Pero está dirigida a un asesino, sea hombre o mujer —el tono de Markel ahora era adusto, frío, eficiente—. A una persona culpable de tres asesinatos como mínimo.

—Cuenta que se ha elevado ya a cuatro.

—Eso parece, si se trata de la misma persona en todos los casos. Quien escribió eso no era mucho mejor que el destinatario de la carta, evidentemente. No parecía remorderle la conciencia a Eileen Conrad por la muerte brutal de Shirl Evans... Pero en su caso, se trataba de una enferma mental. Esa carta parece dirigida a alguien que no sufre dolencia mental alguna, a juzgar por el tono en que se refiere a esos crímenes aparentemente olvidados.

—¿Cómo pudo dejar el asesino este papel ahí?

—No era fácilmente visible, doctora. Pudimos haber tenido la fortuna de recoger íntegra la séptima carta, de haber cometido el

error algo más tarde. Evidentemente, la forma en que redactó el texto no era de su gusto, arrancó el papel del rodillo, tirándolo, y disponiéndose a escribir otra misiva diferente. Luego, en las prisas, acaso olvidó el borrador incompleto. Tuvo que suceder así.

—Usted es muy observador, ya lo dijo Hunter —señaló la doctora, con repentina sospecha otra vez, mirándole desconfiada.

—Sí, soy bastante observador —aceptó modestamente Allen—. Eso no es un delito, que yo sepa, doctora.

—Es posible que su historia no resulte tan convincente como usted cree.

—Es posible —admitió Allen. La miró con franqueza—. ¿Qué decide usted? Puede entregarme al comisario Hunter, como sospechoso, acusándome de merodear por el lugar del crimen... o puede callar y ayudarme.

—¿Ayudarle? —dudó ella, pestañeando, con idéntico recelo que antes—. ¿A qué?

—Doctora Wade, ya le dije que soy un paciente algo especial.

—Ya lo estoy viendo —declaró ella, seca.

—Mis accesos neuróticos son espaciados. Normalmente, soy apacible y totalmente inofensivo, palabra. Me gusta jugar a detectives y cosas así. Tengo un espíritu crítico, y me divierten las charadas. Ésta lo es.

—Una charada sangrienta, Markel.

—Conforme. Una charada sangrienta. Y aún podría serlo más, si no se resuelve pronto.

—¿Qué quiere decir? —Se estremeció la doctora.

—Juzgue por sí misma, doctora Wade. Una persona ha cometido ya tres crímenes. Recibe el anónimo número siete, donde se le revela eso. Entonces descubre a la autora de tales cartas, y la asesina sin contemplaciones. Imagine si esa persona se siente vigilada, sabe que alguien sospecha o le descubren en un falso paso. No dudará en matar de nuevo. Y así mientras pueda conservar su impunidad.

—Cierto —ella sintió un escalofrío ostensible—. Muy cierto, Markel.

—Sí, muy cierto —resopló él—. Por eso conviene jugar calladamente contra semejante enemigo, no dejarse sorprender. Y procurar resolver el problema lo antes posible. ¿Conforme?

—Si le dejo ir sin avisar a los demás, puedo estar cometiendo un serio error, Markel.

—Podría ser. Debe confiar en mí, sin embargo.

—En usted... —vaciló ella. Evitó mirar a aquel hombre arrogante, fuerte y viril, porque parecía darse cuenta de que, haciéndolo, sería demasiado débil y cedería a lo que fuese—. ¿Por qué debo confiar en usted, Markel? Es sólo un paciente más. El más nuevo, el más desconocido para mí...

—Doctora, yo confiaría siempre en usted. Hay personas a quienes se conoce apenas se las ve una sola vez, un solo instante —murmuró él con voz grave, profunda, sin desviar sus ardientes ojos de ella.

—Por favor, no siga —cortó ella, inquieta. Agitó su mano armada—. Admito que usted es un hombre que inspira confianza, seguridad... no sé aún por qué. Sí. Voy a confiar en usted, aunque sea una tontería.

—No. No lo es. Gracias, doctora.

—No diré nada de todo esto —le devolvió el papel mecanografiado e incompleto—. Pero usted sí deberá tenerme informada de cuanto descubra.

—Tiene mi palabra —sonrió él, guardando el texto—. Así lo haré, doctora Wade.

—Bien. Acaso cometa una tontería. Pero puede irse. Váyase ya. Yo le seguiré inmediatamente. Vuelva a su lecho. Y no salga más del recinto sanitario sin mi permiso.

El asintió con un movimiento de cabeza. Salió del cobertizo. Ella, tras una vacilación, le siguió al exterior. Vio un instante la alta, elástica figura de Allen Markel perdiéndose en las sombras. Luego, cuando se sintió sola, oprimió con fuerza la pequeña automática contra su pecho, y se encaminó rápida hacia el sanatorio.

CAPÍTULO IX

El grito despertó a Markel.

Fue un alarido largo, estridente, cuajado de terror y de angustia.

Después, percibió el estruendo de vidrios, el impacto áspero, sordo y siniestro de un cuerpo pesado, en alguna parte, allá abajo.

Saltó del lecho rápida, febrilmente. Corrió a su ventana del dormitorio, carente de rejas o de alambrada, como todas las de la clínica, para evitar a los clientes de El Paraíso cualquier impresión de encierro o de aislamiento.

Estaba seguro de que el grito procedía de muy cerca, pero que el impacto, fuese cual fuese, había tenido lugar afuera, en el jardín.

Asomó, escudriñando las sombras del amplio jardín. Los setos formaban zonas de oscuridad impenetrable, pero a los pies de aquel muro del edificio, el suelo de baldosas de piedras irregulares, era claro y perceptible incluso en la oscura madrugada.

Vio en el acto el cuerpo tendido en las baldosas.

Lanzó una imprecación, y corrió en dirección opuesta, hacia el pasillo, hacia la puerta de su habitación.

Giró el pestillo, y saltó al corredor iluminado suavemente. Se percibían leves ruidos tras de muchas puertas, pero nadie había salido aún.

Markel corrió hacia una puerta inmediata, y cargó contra ella. Estaba cerrada, encajada, pero logró abrirla de un formidable impulso de sus hombros, haciendo saltar la cerradura.

Penetró en una habitación gemela a la suya. Vio la cortina de tenue nylon, agitándose suavemente, al recibir el fresco aire de la noche. Un enorme boquete estrellado, se abría en las vidrieras. Afuera, oscuridad y silencio.

Abajo, un hombre. Un hombre que se arrojó desde allí

violentamente. Que se había estrellado en las piedras del sendero.

Volvióse corriendo. Al pisar el umbral de la habitación, desierta ahora por completo, se encontró ya con las primeras personas que acudían al grito y el estruendo.

Eran el comisario Earl Hunter, revólver en mano, una enfermera de turno de noche, y el doctor Glenn Stacey.

—¿Qué sucede ahora? —masculló con voz dura el comisario, avanzando a paso de carga.

Allen Markel les contempló fijamente a todos. Señaló al interior de la habitación.

—Se arrojó por la ventana —dijo, escueto—. O fue arrojado, aún no lo sé.

—¿Quién? —Pareció como si a Glenn Stacey se le erizaran los cabellos, tal fue su expresión de horror.

—¿Quién va a ser? —suspiró Markel—. El ocupante de esta pieza, sin duda. Un pobre diablo; usted lo sabe, doctor Stacey. Hugh Dunnock.

—¡Dunnock! —aulló Hunter, penetrando en la habitación—. ¡El destinatario de la cuarta misiva de Eileen Conrad!

—Sí —afirmó suavemente Markel.

Y no añadió lo que él estaba pensando: Dunnock, el hombrecillo que aseguró conocerle, recordar que él era un policía, un agente federal...

* * *

Era Dunnock, ciertamente. Hugh Dunnock, con la cabeza hecha pedazos contra las piedras del jardín.

Estaba muerto. La altura y el golpe habían bastado para terminar con él definitiva, totalmente. Debió morir en el acto.

Cuando aparecieron las primeras luces de la aurora el sanatorio en pleno estaba en pie, y los médicos y enfermeros se obstinaban en asegurar a los pacientes que nada sucedía, y todo era consecuencia de un desdichado accidente que no tenía la menor trascendencia.

Se impidió a todo el mundo ver el cuerpo de Dunnock, incluso no se dijo que había muerto. Pero los rumores corrían por doquier, y eran para todos los gustos. Eso nadie podía ya evitarlo.

—Lo siento mucho, doctor Malden, pero tendré que informar a

la autoridad del Estado, y también a las autoridades sanitarias de Trenton —dijo amargamente el comisario Earl Hunter aquella mañana, tras terminar la breve encuesta sobre el caso.

John Malden, sombrío, inclinó la cabeza.

—Sí —comisario— dijo con voz ronca. —Lo sospechaba así. Hágalo. Usted tiene un deber que cumplir.

—Créame que va a serme muy doloroso. Por usted... y por el doctor Francis —añadió Hunter, apretando sus recias mandíbulas de hombre rural—. ¡Ese tipo me crispa, créame, doctor, y su victoria sobre usted será la cosa más cochina que podré presenciar! Pero no tengo alternativa alguna. Ya son tres muertes violentas, sean suicidios o un homicidio... y debo de obrar así.

—Claro, Hunter. No tiene que disculparse. —Malden se encaminó al jardín, cabizbajo—. En cuanto a Francis... quizá tenga razón el viejo loquero, y mis teorías estén equivocadas.

Hunter no quiso comentar nada al respecto. Estudió, ceñudo, su bloc de apuntes. Luego, lo guardó, y dio unas zancadas hacia el vestíbulo, donde la doctora Nelly Wade hablaba en voz baja con el doctor Stacey en un extremo, mientras Allen Markel, tranquilo, paseaba frente a la recepción del sanatorio, con las manos en los bolsillos y la huella en su rostro de una noche hartamente agitada.

—Markel, me gustaría hablar con usted —dijo de pronto con voz dura Earl Hunter.

—¿Sí? —Allen le miró, pensativo—. Le escucho, comisario.

—Usted halló el cuerpo de Dunnock.

—Eso es, sí.

—Y rápidamente fue a comprobar si era él.

—Exacto.

—Muy bien, Markel. Es usted un formidable investigador. ¿Cómo diablos imaginó que podía ser Dunnock? He mirado desde su ventana, y no se puede identificar un cuerpo en la noche, y menos en la postura en que se hallaba ese pobre infeliz.

—Sencillo, comisario. Dunnock yacía bajo la ventana vecina a mi habitación. Era lógico imaginar que cayó desde allí, aunque no hubiera luz en la ventana. Sencillamente, corrí a comprobarlo.

—Ya. Y hundió la puerta, en vez de avisar al personal sanitario.

—Eso es —sonrió Allen, beatífico.

—Muy bien. ¿Por qué lo hizo?

—Quería ver... si Dunnock estaba solo al caer.

—¿Quiere decir que sospecha otro asesinato, y no un accidente?

—Algo así, comisario Hunter.

—¿Por qué supone tal cosa?

—No sé. Corazonada, o algo parecido.

—Vio que no había nadie dentro. ¿Eso cómo lo explica, si no fue suicidio? Tuvo usted que derribar la puerta, recuerde.

—Sólo sé una cosa, comisario. Entre el momento de la caída y mi llegada a esa puerta cerrada, debieron transcurrir unos segundos, los precisos para incorporarme yo, despertarme un poco, ir la ventana, asomarme, volverme, cruzar mi habitación, abrir mi puerta... En todo ello pude invertir cosa de treinta o cuarenta segundos.

—Poco tiempo para que huya un asesino, ¿no?

—Sí, muy poco —asintió Markel—. Pero de todos modos, suficiente. Pudieron empujar a Dunnock, y luego, rápidamente, cruzar la habitación, cerrar la puerta de golpe, girando una llave, y escapando hacia la puerta que conduce a los servicios sanitarios del piso inferior, que están justamente dos puertas más allá. Tuvieron tiempo suficiente, aunque muy justo, eso sí.

—Markel, es usted un prodigio deduciendo cosas —refunfuñó Hunter.

—Gracias. No creo llegar a tanto —dijo con irónica modestia Markel.

—Pero de todos modos, sus deducciones se vuelven contra usted —dijo Hunter de súbito, con duro tono.

—¿Cómo?

—Le vieron hablar con Dunnock anteriormente, en voz baja. Usted parecía preocupado. Y se ausentó con cierta brusquedad. ¿Eso es cierto?

—Vaya, aquí todo el mundo es hábil en espiar a los demás —rió burlón Markel—. Sí, es cierto, comisario. Hablé con Dunnock.

—¿Qué le dijo él?

—Bueno, parecía ser un tipo de gran memoria. —Markel eligió cuidadoso las palabras—. Dijo que quería hablar conmigo, porque creía que yo era de fiar... y me contaría cosas que recordaba, gentes a quienes conocía al cabo del tiempo, porque era buen fisonomista, y cosas así.

—¿No aclaró nada más?

—No, nada más.

—No hay evidencia alguna de que fuera eso lo que le dijo.

—Claro que no. Pero lo afirmo así. Dunnock, sin duda, conoció algo relacionado con el asesino. E igual que habló conmigo, habló con alguien más... y firmó su sentencia de muerte, comisario.

—Pudo ser usted quien ejecutase esa sentencia, Markel. Esta vez, es el principal sospechoso.

—Acepto mi papel, comisario. ¿Va a arrestarme?

—Cielos, no. Todavía no. —Hunter sonrió con su amplia boca. Va muy deprisa siempre, Markel. Yo soy más lento, más cuidadoso. Pero está advertido. Por ahora, usted es quien pudo tener un móvil para matar a Dunnock, ya que él le dijo algo que no podemos saber a ciencia cierta lo que fue... salvo por su propia declaración.

—Gracias por el aviso, Hunter.

—De nada —sonrió el comisario—. Quien avisa no es traidor. Ya nos veremos, Markel. Por el momento, no olvide que no le perderé de vista.

—No. No voy a olvidarlo, seguro —suspiró Allen.

* * *

—¿Qué hace usted aquí, Allen?

Markel alzó la cabeza. Cerró el volumen con un suspiro. Contempló a la doctora Nelly Wade, en pie en la silenciosa y tranquila salita de la hemeroteca de El Paraíso.

—Buscaba, doctora —dijo, poniéndose en pie.

—¿Qué buscaba?

—El pasado.

—¿Lo encontró?

—No. Estos viejos periódicos de varios años nada me revelaron. Quizá en los que faltan...

—¿Faltar? —La forma en que lo dijo, hizo erguir la cabeza a la doctora—. No falta ninguno de esos años...

—Hay una parte del volumen que no está ahí. La que corresponde a abril y mayo de hace ocho años.

—Tiene que estar. Estaba todo en esos volúmenes...

—Búsquelo, pero será inútil. No está.

Ella lo comprobó rápidamente. Alzó la cabeza y contempló a Markel.

—¿Qué supone que puede significar eso? —Se inquietó.

—Que alguien buceó también en ellos antes que yo. Alguien que quiso deshacer una evidencia, por alguna razón... —Markel meneó la cabeza, pensativo—. Primero Eileen Conrad, luego acaso Dunnock, para comprobar su buena memoria con las personas... y finalmente, el aludido, la persona interesada en deshacerse de algo muy acusador...

Se dirigió Markel a la salida de la biblioteca. Nelly le miró pensativa.

—¿Qué piensa hacer ahora? —indagó ella.

—De momento, pedir permiso al comisario Hunter y al doctor Malden, para dar un paseo a la cercana población esta tarde —comentó Markel, apático.

Y se ausentó, ante el gesto sorprendido de la doctora.

* * *

La cena había terminado en el sanatorio. Allen Markel era el último en concluir, porque había vuelto tarde del pueblo aquel día.

Earl Hunter, el comisario, asistía también a la cena, como simple observador.

La doctora Wade, al despedir a los clientes del sanatorio para el descanso, les avisó:

—Descansen todos bien. Y cierren sus puertas. No se fíen de nadie esta noche ni ninguna otra noche.

—¿Por qué dice eso, doctora? —indagó el doctor Stacey desde la puerta.

—El criminal anda suelto por el sanatorio —dijo ella fríamente. Miró a todos uno por uno—. Y es persona poco clemente con nadie. Primero Eileen, ahora Dunnock... Es mejor avisarles. Ustedes son personas en peligro, recuérdenlo.

—No debe hablarles así —se quejó Hunter.

—Soy médico y sé lo que debo hacer —replicó ella secamente—. Ellos merecen que se les advierta, comisario.

—Aun así, eso resulta duro, doctora —le avisó Stacey, algo seco.

—Doctor Stacey, ya es preciso que en esta casa se afronten las

cosas con sinceridad, con crudeza incluso. No son niños. Si queremos convencerles de su normal estado y de su buena salud hay que tratarles como personas adultas y sanas que son. Escuchen esto todos: el que mató a Eileen y a Dunnock, antes cometió ya tres asesinatos.

Markel enarcó las cejas, mirándola pensativo. No dijo nada. Hunter casi se cayó de la silla, tal fue su sobresalto.

—¡Doctora! —masculló—. ¿Qué ha dicho?

—La carta número siete era explícita en eso —replicó ella, tajante.

—Bien... —Hunter se quedó boquiabierto—. Eso no me lo dijo antes...

—Comisario, quiero que sepa esto de una vez: yo sé lo que decía esa carta, y creo saber a quién iba dirigida. Pero hasta mañana no le voy a decir a usted lo que creo saber. Esta noche necesito aclarar aún ciertos puntos.

—Doctora, ¿se da cuenta de lo que dice?

—Sí, comisario. Recuerde: mañana le daré la solución. Antes, no diré nada. No puede usted obligarme.

—Conforme... —resopló Hunter—. Es un disparate, pero...

La doctora se retiró. También los pacientes, de regreso a sus habitaciones respectivas. Al pasar Markel junto a ella, susurró con voz sorda:

—¡Loca! No debió decir eso...

Y se perdió por el corredor con los demás. La doctora le miró, grave y enérgica a la vez su expresión.

* * *

Abrió la puerta del cobertizo. Entró en él cautelosa. Cerró tras de sí.

Sólo entonces dio la luz sobre la mesa donde ya no había máquina de escribir donde hallaran el cuerpo sin vida de Eileen Conrad. La doctora avanzó hacia la mesa.

—Buenas noches doctora —dijo una voz helada a sus espaldas—. Habló demasiado hoy...

Ella se paró en seco. No se volvió. Sonrió fríamente y respondió:

—Cierto. Hablé demasiado. Y usted acudió al cepo... Hubo un

silencio. A su espalda la voz añadió:

—De modo que era una trampa...

—Sí.

* * *

—De modo que era una trampa doctora Wade...

—Una trampa sí. Eso es lo que era...

—Usted preparó todo esto. Sus palabras de antes...

—Sí, yo lo hice. Tenía que hacerle venir.

—Cometió un grave error, doctora. Muy grave. Yo no iba a venir a ciegas, totalmente confiado...

—Supongo que no. Pero quería estar segura de que mis sospechas eran ciertas.

—Bueno, ya lo está ahora —rió él—. ¿De qué va a servirle ya? La tengo encañonada con un arma silenciada.

—¿Piensa... matarme? —Se volvió ella, despacio, hacia el asesino.

—No me deja otra alternativa, doctora Wade. Nunca debió meterse a detective, créame. Es un feo asunto para una mujer bonita, morir así, tontamente. Pudo haber sido más lista, menos curiosa... y viviría para casarse con ese Markel, ya que tanto le gusta. Ahora, nada tiene remedio.

—No tengo pruebas para acusarle ante nadie, y usted lo sabe. Solamente mis sospechas y el hecho de que haya venido usted a mi anzuelo. Pero puede negarlo. Y yo nunca podría probar nada...

—Es inútil, doctora. Usted no tiene pruebas, pero bastaría que me acusara, para que yo dejase automáticamente de estar al margen de sospechas. Averiguarían que lo que usted dice es cierto, que yo cometí una vez un doble homicidio... y que hace años, un periodista estúpido, que murió en un «accidente» desdichado, en las montañas, publicó algo relativo a ese doble asesinato, y a mi posible culpabilidad en él. Afirmaba que iba a demostrar que yo era un asesino, no un policía cumpliendo con su deber. Que ellos no eran delincuentes cometiendo un robo, sino que yo lo cometía... y ellos los inesperados testigos del delito. Que su mala reputación y el hecho de tener antecedentes penales arreglaron mi asunto muy satisfactoriamente para mí. Sí, doctora. Iba a demostrar todo eso.

Pero sufrió un accidente casual... y no pudo hacer nada.

—Usted... usted le mató también —se horrorizó ella, retrocediendo un paso.

—Claro, doctora. Yo le maté también. Tuve que hacerlo, para que no metiera la nariz en mis asuntos... Lo sentí mucho, pero tuve que empujarlo al fondo del abismo, doctora... Y claro está, cuando eso sucedió, yo estaba muy lejos de allí, según mi coartada. Uno arregla a veces esas cosas, si tiene buenos amigos que le deben favores, que podrían ir a la cárcel si uno hablase... Ellos afirmaron que yo estaba en su compañía por entonces.

Ni siquiera supieron por qué pedía su ayuda. Ni les importaba, en realidad. Ya dije que eran buenos amigos, con muchas cosas feas que ocultar.

—Dios mío, usted mató a tres hombres entonces... sólo para ocultar sus delitos... Y ahora mató a una mujer que había husmeado en su pasado a través de un viejo diario... y luego volvió a matar, cuando fue preciso, al pobre Dunnock...

—También tuve que hacerlo. Fui muy afortunado en dar con su escondrijo aquella tarde. La maté mientras escribía. Ni siquiera advirtió mi presencia... Luego, corrí a la piscina, pregunté si oían teclear una máquina... Era una buena coartada para mí. Hallar a la autora de los anónimos con su máquina... y con dos testigos que asegurarían haber ido conmigo cuando hallamos a la muerta... Anoche, Dunnock me citó en su cuarto, me dijo que había leído el caso, tras espiar a Eileen Conrad en la biblioteca...

—Ya veo, comisario Hunter —musitó ella roncamente—. Ya veo que no vacilará tampoco esta vez en continuar su cadena de crímenes para silenciar todo lo demás...

Earl Hunter, comisario del condado de Mercer, asintió.

—Sí, doctora —afirmó tristemente—. No me deja usted otra alternativa...

Y su arma apuntó directamente a la cabeza de la bella doctora.

CAPÍTULO X

Jamás había visto Nelly Wade la muerte más cerca.

Hunter, desenmascarado por su estratagema, iba a añadir otra víctima a su lista. Posiblemente después, fingiera un suicidio, e incluso una nota de la doctora, explicando su muerte. Ella pasaría tal vez como culpable de la muerte de Eileen. La octava carta, en el rodillo, sustentaría esa teoría tan beneficiosa para Hunter...

—Dios mío, hice lo mejor que pude y supe, para que se hiciera justicia... —susurró ella roncamemente—. Espero que otra persona, alguna vez, llegue a terminar con su carrera de sangre, de policía indigno, de hombre de dos personalidades, Hunter...

—Eso no sucederá ya una vez muerta usted, doctora Wade —rió entre dientes el comisario asesino—. Aquí nadie va a oír el disparo ahora. Y cuando la encuentren, yo estaré lejos, donde pueda probar que no me fue posible hallarme cerca de usted, suceda lo que suceda... Buen viaje al infierno, doctora Wade.

Movió el dedo en el gatillo. Luego, retumbó la detonación.

Y Nelly Wade se estremeció de pies a cabeza, presintiendo que aquello era la forma de empezar a morir.

* * *

Sí. Era la forma de empezar a morir.

La bala penetró en el cuerpo. Junto al corazón. Fue un solo disparo, certero y frío...

Un disparo mortal. Cuando el cuerpo cayó lentamente al suelo, en su lívido rostro se dibujaba ya la muerte, el estupor helado de lo imprevisto.

Porque no era Nelly Wade quien caía mortalmente herida, sino precisamente el hombre que había intentado asesinarla a sangre fría. El que recibía la bala mortal, era Earl Hunter, no la doctora...

Hunter se desmoronó, sin llegar a hacer fuego sobre ella. Primero tocó de rodillas el suelo. Luego, con un extraño gesto de horror, se desplomó de bruces golpeando sordamente su rostro en el pavimento.

Nelly soltó un ronco gemido de horror, retrocedió dos pasos, miró más allá del cadáver, a la puerta del recinto...

Allí estaba él. El autor del disparo, del único disparo que echaba el telón del drama...

—Allen... —musitó—. Allen Markel... Usted...

—Doctora, ¿se encuentra bien? —murmuró Markel, avanzando resueltamente hacia ella.

—Muy bien, sí... —gimió—. Pero ¿cómo pudo llegar, cómo se le ocurrió...?

—La vigilaba muy de cerca, doctora. Yo sabía que usted había dado con la verdad, o parte de ella al menos. Imaginé lo que haría. Era un juego peligroso, y no podía dejarla sola en él... Por eso me mantuve muy cerca de usted. Yo hubiera tendido una trampa similar a Hunter, si usted no se hubiera anticipado con demasiada audacia.

—Pero usted... ¿usted sabía?

—¿Que él era culpable? Sí, lo empecé a sospechar cuando a falta de aquel diario en la biblioteca, pedí hoy informes de esas fechas al FBI... —sonrió Markel, inclinando la cabeza—. Sí, doctora. Su llamada de aquella noche surtió efecto. El FBI envió a un agente: Allen Markel.

—¡Usted...!

—Yo mismo —la sonrisa se amplió—. El pobre diablo de Dunnock me conocía. Y me identificó enseguida. Fue un momento difícil, porque yo quería mantener el incógnito, pensando siempre que el culpable real estaba dentro del sanatorio. Más tarde es cuando empecé a pensar en Hunter, en sus posibilidades...

—Dios mío, si me lo hubiera dicho... yo no hubiera sufrido tanto... —gimió ella.

—¿Acaso llegó a sospechar de mí?

—No quería pensarlo, pero..., pero todo parecía posible. Usted

era tan raro, de tan extraña actitud...

—Doctora, yo jamás dudé de su inocencia, sin embargo... —habló él, mirándola muy fijo y de cerca—. ¿Por qué no tuvo la misma fe en mí que yo en usted?

—No..., no sé... —Se tambaleó, vacilante. No supo si por fatiga, por el miedo vivido o por la proximidad y la mirada de él. Lo cierto es que estuvo a punto de caer. Y que él, Allen Markel, lo evitó, sujetándola con sus brazos firmemente.

—Doctora, deje que la atienda —sonrió Allen—. Ahora me toca a mí ser su cuidador... y usted mi paciente.

La alzó en brazos. Como una pluma. Giró, dejando allí el cuerpo sin vida de Hunter. Avanzó con ella hacia la salida.

—Volvamos a El Paraíso —habló Markel—. El doctor Malden se sentirá feliz de saber que su teoría es buena. Y que todo vuelve a la normalidad.

La doctora Wade no supo lo que sentía. Pero temblaba todo su ser, en brazos de aquel hombre. Y al sentirle cerca, muy cerca, casi se desvanecía.

Markel, de repente, se inclinó más hacia ella. Besó sus labios. Súbita, inesperadamente. Los besó con fuerza, con pasión.

—Perdone, doctora —susurró—. No pude evitarlo... Es algo superior a mis fuerzas... Perdone si...

Pero ella se había desvanecido ahora. Era demasiada felicidad, demasiada sorpresa. Markel, sorprendido, la contempló. Parecía dormida.

La besó otra vez en la boca. Y musitó:

—Doctora Wade... Nelly... Te amo... Te amé desde el primer momento que te vi...

Ella no podía oírle ahora. Ni sentir tampoco sus besos. Pero cuando volviera en sí, iba a ser la más feliz de las mujeres, al escuchar esas palabras en labios del hombre de quien, desde un principio, se había enamorado, en uno de esos maravillosos impulsos, inexplicables y magníficos, que unen a un hombre y una mujer, apenas se han visto, apenas se han cruzado los senderos de sus vidas y sus destinos.

Cierto que esa encrucijada había sido violenta, dramática, cargada de angustia. Pero también ahora se abría ante ellos un sendero amplio, abierto, perdiéndose en un horizonte esperanzador.

Tal vez un sendero común para ambos...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.